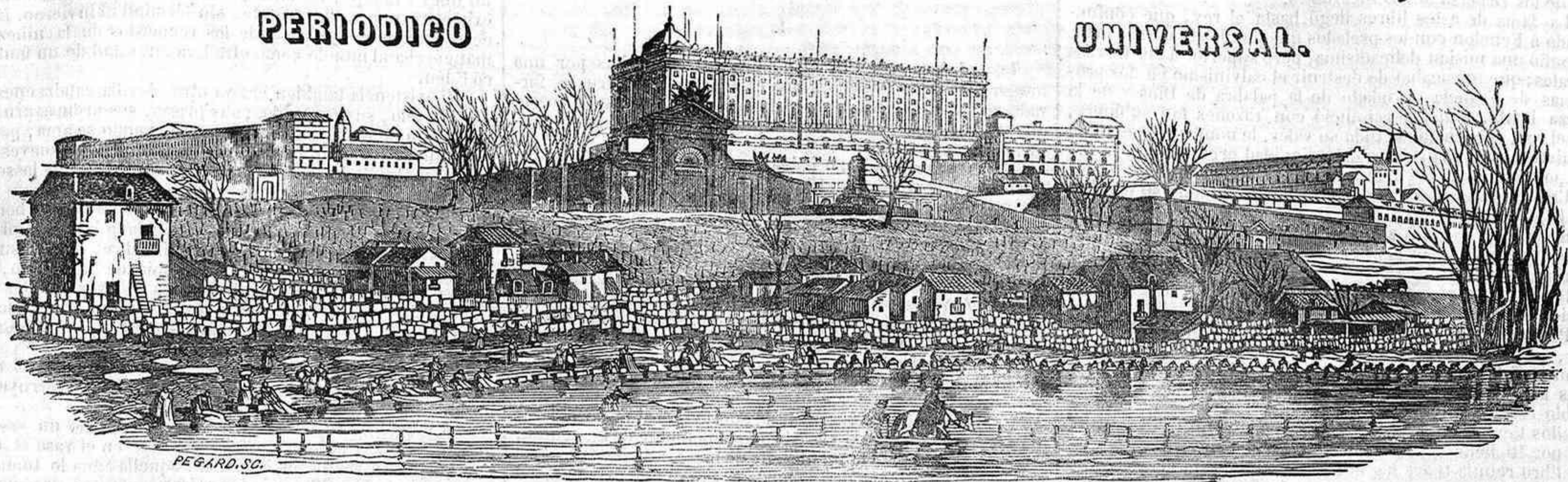


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 37.—SÁBADO 11 DE SETIEMBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

EXPOSICION DE LONDRES.

BRONCES.

La sala que contenía los trabajos de Odier y de Froment-Meurice, era sin la menor duda la mas elegante del Palacio de Cristal, como obra de buen gusto, y como modelo de buena combinacion; en fin una verdadera riqueza artística: cuantos la han visitado la admiraban, y todos se prometían volver á examinarla mas despacio.

Hoy debemos estudiar los broncees como objetos artísticos y de adorno, por la importancia que tienen, y el distinguido lugar que ocupan entre los grandes trabajos de metales que conocemos.

No se trata de admirar simplemente un conjunto de bonitos artículos, cuya inutilidad se halla perfectamente reconocida: es preciso examinar las cosas en mayor escala. El mundo ha llegado ya á tal grado de buen gusto y de civilización, que las satisfacciones materiales no son las únicas que pueden ocuparle y tenerle contento. Lejos de quejarnos de este progreso, debemos por el contrario aceptarlo con ansia, y procurar darle en abundancia el noble alimento que espera.

Antes de emprender nuestra tarea, debemos completar el cuadro de nuestras anteriores apreciaciones, mencionando dos objetos, que sentiríamos hubiesen pasado desapercibidos para nuestros lectores: uno de ellos pertenece al arte alemán; el otro es concepcion enteramente inglesa.

Esto no obstante, debemos observar para no dejar de ser imparciales, que al ejecutar esta obra ha habido poca osadía en el cincel; que este revela muchas veces lo que hemos dado en llamar *amaneramiento*, y que los pechos de las figuras de mugeres, por ejemplo, no anuncian propiamente la animación de los corazones que deben palpitar bajo los pliegues del ropaje. Preciso es convenir en que los grandes artistas del renacimiento eran mas atrevidos, mas poetas y mas exactos en la imitación de la naturaleza. Por consiguiente, ya que se pretende imitar su escuela, es indispensable seguirles en los vuelos de su imaginación poderosa y fecunda.

El dorado y plateado, con arreglo á los procedimientos de la electrotipia, nada dejan que desear en cuanto á su hermosura y delicadeza: los adornos esmaltados, distribuidos con tanta elegancia como acierto y buen gusto, sorprenden agradablemente la vista: en una palabra, los artistas L. Grumer y Enrique Elkington, que son los primeros que han introducido en su país este género nuevo, se han hecho merecedores de la gratitud pública y de las recompensas acordadas justamente al verdadero mérito.

Nos ha parecido conveniente detenernos hoy en la apreciación de estas innovaciones del arte, aplicado á una materia tan ingrata como el bronce, con el objeto de que se comprendan mejor las inmensas dificultades que ha habido necesidad de vencer, para ejecutar con una perfección y maestría sorprendentes, las grandes obras que causan nuestra admiración, por la delicadeza y finura del cincelado, por la belleza y corrección del dibujo, por la valentía de la composición, y por las demás cualidades que las elevan á una altura tan envidiable como justamente conquistada.

Los trabajos en bronce que ha ostentado el Palacio de Cristal pueden presentarse con orgullo al lado de los mas escogidos modelos de la antigüedad. En nuestros artículos sucesivos presentaremos una completa reseña de los principales objetos de este difícilísimo arte, que nuestro siglo no ha empezado á apreciar todavía digna y concienzudamente.

La primera de estas obras, llamada *El escudo de la fé*, es un presente hecho por el rey de Prusia á la familia real de Inglaterra, en conmemoración del bautismo del príncipe de Gales. Los asuntos representados y sacados del Antiguo y del Nuevo Testamento están perfectamente distribuidos. La imagen del Salvador, que compone un medallón de oro, ocupa el centro del escudo; el fondo del cuadro, enteramente de plata, revela un trabajo sumamente esquisito, y todos los adornos de oro, esmalte y pedrerías se ven armonizados con el mayor gusto y con la mas rara inteligencia.

Este regalo honra sobremanera á los artistas MM. Pedro de Comelins, Stiiler, Hanssamer, Fischer, Mertens y Calandrelli, que lo han ejecutado con un esmero digno de grandes encomios.

El *cofre-escritorio* corresponde al estilo del siglo XV. Independientemente de su mérito intrínseco, tiene la particularidad de sobresalir entre los demás objetos de su clase por su gran sencillez, cualidad que no siempre se encuentra en las composiciones artísticas de la Gran Bretaña. Los retratos de la reina Victoria y del príncipe Alberto, pintados sobre porcelana, son muy graciosos. Dos amores cubren con sus alas desplegadas el escudo que ostenta las armas de Inglaterra. En los cuatro ángulos ochavados se ven unas estatuas pequeñas, al estilo del renacimiento, de bronce y óxido de plata, que producen hermosísimo efecto.

FENELON.

Entre los nombres célebres que con mas derecho gozan del aplauso público, debe de ponerse sobre todos el del sabio arzobispo de Cambray, orgullo de la Francia y de la Cristianidad entera. Nadie pronuncia su nombre sin enternecimiento ni lo olvida sin ingratitud; porque no es de aquellos que el trascurso de los siglos amengua ó oscurece, sino que por el contrario los acrisola y exalta mas y mas.

En su *elogio* leído á la Academia de París, decía el sabio Laharpe: Todos los hombres me comprenderán, porque su talento se amoldaba á todas las inteligencias. Yo diré á los literatos: tuvo la elocuencia del alma y la naturalidad de los antiguos; yo diré á los sacerdotes: fué el pastor y el modelo

de sus ovejas; á los controversistas: fué tolerante y dócil; á los cortesanos: no pretendió sus empleos, y vivió dichoso en la desgracia; á los maestros de los reyes: su discípulo era la esperanza de una gran nación; y á todos los hombres en fin: fué virtuoso y amable.

Nacido en el seno de una familia nobilísima, aunque este no pudo ser mérito en quien tantos tenía, educose en aquel sistema de educación severa y ya en puntos clásica que empezó á dominar en la época de Luis XIV. Cuando apareció en la corte de este rey se hallaba Francia en el mas brillante de sus períodos. El trono, mas que en los pueblos, se apoyaba en sus propias victorias. Dotado Fenelon de talentos superiores, de virtudes apacibles y de hábitos amables, debía de ser acogido, como fué, por todos los hombres de mérito con verdadera efusión. Desde que tenía diez y nueve años se había ensayado en el púlpito, en aquel mismo púlpito en que entonces resonaba la voz de Bossuet y de Bourdaloue. Su éxito fué brillante, y en tan alto grado, que el marqués de Fenelon, su tío, hombre de severas costumbres y de una austeridad á toda prueba, temiendo que los elogios escesivos le apasionaran del mundo, hizole reducirse á las oscuras funciones de su estado sacerdotal.

Bajo de la dirección del superior de San Sulpicio, ejercitábase en las dulces tareas de la religion y de la piedad; pero no sin que le juzgasen digno de mandar los que le veían obedecer con tanta abnegación; y á consecuencia de esto,



Fenelon, arzobispo de Cambray.

LIBRO DE MEMORIAS DE ELISA.

LIBRO DE SUS LAGRIMAS.

I.

Las páginas que doy al público están escritas por una muger que ya no existe, en una cartera bastante gruesa, forrada en cuero de Rusia, y cerrada con un broche de acero, que tuvimos que romper mi amigo y yo para abrirla y enterarnos de su contenido.

En la primer hoja no había más renglon que el que he puesto al empezar, como título de esta leyenda. Seguían después algunos dibujos de paisajes sombríos ejecutados con precisión y blandura, y acá y allá, con distracción y desorden, mas de veinte veces ensayado se veía el retrato de un rostro joven y varonil, nunca risueño, complaciente tal vez, y desesperado casi siempre. Estos perfiles á lo mejor interrumpían los períodos escritos de su mano, como si la memoria aislada prevaleciera con frecuencia sobre el raciocinio de aquella inteligencia. Así se lo advertí á mi amigo, y con sorpresa noté se le humedecieron los ojos.

Al amigo tiene, parte por efecto de grandes pesares é infortunios, y el resto por causa de los años, el cabello cano y las facciones áridas y rugosas, de suerte que al mirarlo llorar me sorprendió, como si viese brotar una fuente de un cenital.

—¡Dios! le dije con mi filosofía de hierro: dichosos los que murieron, puesto que de ese modo se zafaron de esta humana maquinilla llamada cuerpo, hecha para dar tormento al alma. Mas luego, viendo que mi amigo no había hecho gran caso de mis palabras, cambié de tono, y proseguí sin soltar la cartera. Este manuscrito en tu poder y el pesar que te agobia, encierran algún misterio de tu vida privada. Cuéntame sin rebozo; que el espíritu se reposa cuando se comunica con el espíritu, de la misma manera que descansa el cuerpo agobiado cuando se reclina sobre el báculo. Entonces mi amigo cobró energía, y me dijo:—Esa cartera me ha sido legada en testamento por la muger que amé, la cual no ha envejecido ni ha muerto en mi corazón; há quince años que me fué arrebatada por la tiranía paternal; perdiéronla de vista los ojos del cuerpo, mas los del alma fijos están en ella como el primer día de nuestros amores: esos retratos que has visto fueron copia de mis facciones un tiempo; pero la mano áspera del dolor ha pasado tantas y tantas veces sobre las originales, que ni de lo que fueron dejan recuerdo. Si Elisa hubiera conquistado el reposo con la resolución desesperada y sin juicio que tomé, yo no tendría sensaciones ya; pero ahora, á la vista de esos renglones, mi vida queda amargada para siempre, como lo fué la suya. Ella me ha legado un libro de lágrimas, y mal pudieran enjugarse mis ojos.

—Todo eso será cierto; pero yo no te he oído hablar nunca de semejante muger.

—Para qué?

—A lo menos dime ahora dónde y en qué tiempo la conociste.

—Si haré, que siento en ello un consuelo; y en este tronco viejo y arcómido, quiero, si es posible, que asome un retoño verde y lozano, aunque en la atmósfera del hielo bien pronto morirá.

En 1825 me encontraba en Sevilla profundamente herido de un disgusto que allí me había llevado, sin poner de mi parte lógica, intencion ni deseo: en una palabra, me encontraba en Sevilla como la hoja amarillenta del árbol del monte, que arrebatada por el vendaval cae en una laguna, y allí flota indiferente, vaga sin objeto, pobre hoja olvidada, eslabon desprendido del orden de la naturaleza, que un día y otro día consumen con lentitud.

El carácter ligero de aquellas mugeres en general, su donaire siempre festivo, lejos de obrar como un reactivo sobre mi apatía, me infundían mayor indiferencia hacia ellas y la sociedad, de modo que puedo decir que vivía solo en mitad del concurso, y así se pasaron meses enteros.

Cierta día, uno de mis pocos conocidos en aquel pueblo, formó empeño en que asistiera á su casa, y allí vi por primera vez á su hermana Elisa. Estaba dibujando, y en el momento en que entré dejó caer el pañuelo sobre su obra, y un velo sonrosado de rubor infantil cayó también sobre sus mejillas. En vano la alenté mi cortesía; era tan niña, que no sabía defenderse de su timidez natural.

Elisa tenía diez y siete años: sus ojos eran garzos y halagüeños; no sacudían el alma con la vibración de sus miradas; pero la despertaban blandamente para fijarla en la contemplación de un rostro diáfano, como la forma corpórea en que encierra el pintor los querubines.

Su tez no era como la nieve, fría y sin tono de colorido; era así, mas templada por la circulación de la sangre y por la influencia de un sol que desarrolla y matiza las flores en enero.

Así como Granada mantiene viva su tradición entre los árabes, Sevilla guarda en sí propia la tradición árabe acaso mas que ningún otro pueblo de España, y Elisa era conocida de muchos con el nombre oriental de *Lulú*, que significa *Perla*, y lo era en verdad. Toda modestia, redondez y tersura, era una perla encerrada en la concha de su virginidad.

Elisa no había nunca tenido amores, y sin razonárselo á sí misma, amaba sin embargo el amor con un sentimiento melancólico, vago, indefinible: amaba el amor, pero sin forma demostrable para poder decir: «Allí se encierra toda mi felicidad, todo mi mundo; aquello es la realidad de mis sueños.»

¡Desgraciada Elisa! Para corresponder á mis elogios alzó los ojos por educación hacia mí, y los abatió luego con rubor para reprenderse.

Cuando la melancolía domina en nosotros, tú no ignoras cómo, inquieto mas que nunca, aspira con avidez las sensaciones dulces, y allí las retiene, las halaga y ceba en ellas su ansiedad cariñosa, esto que llamamos corazón, pobre y escarmentado prisionero que los hombres maltratan sin conocerlo. El mío, mi corazón, guardó la impresión de aquella primera visita, y exigente como la pasión sin juicio, me mandó repetirla una y cien veces, y se puso en mis ojos, y les mandó que se fijaran en su objeto, y se puso en mis labios y les mandó que hablaran la palabra de su sentimiento; y su

sentimiento era generoso, comunicativo, elocuente, eléctrico, tanto que resumía la fórmula entera de aquel melancólico, indefinible deseo de *Lulú*.

Ella la encontró, la aceptó y vió abrirse en aquel instante un nuevo tiempo, brotando adelante de su imaginación una existencia nueva, floreciente, sin término ni invierno. Elisa, desprendiéndose ya hasta de los recuerdos de la niñez, se inauguraba al mundo como otra Eva en mitad de un fantástico Edén.

Mi existencia también era ya otra. Sevilla estaba encantada: su cielo, sus recuerdos, sus brisas, sus aromas armonizaban con mi alma... Allí se ama mas cuando se ama, porque ondulan sin cesar una música aérea y redolencias suaves, llevadas en alas de los céfiros que disponen y avivan la sensibilidad.

«Elisa, dijo un día su madre á mi adorada; un hombre que vino aquí como llovido, ha turbado la quietud de mi hija, y ella no debe esperar nada de este hombre, porque su madre morirá de desesperación. El premio de mi cariño, y el castigo de mi rigor, están dispuestos á salvarte de las asechanzas de un proscripto por la revolución, al cual acaso mañana le caerá encima la ley. Desde hoy, Elisa, ese hombre no pisará los umbrales de mi casa.»

Elisa sintió una mano de hierro que la apretaba el corazón; pero ya era tarde para que un poder legal destruyera la obra de otro poder que le era superior.

La muger es una vez en la vida pura como un vaso de agua cristalina: el hombre llega y vierte en el vaso el color con que desea vestir sus ilusiones: aquella agua lo toma, se lo reparte, lo identifica consigo misma, y ya es en vano afanarse para volverle su transparencia primera.

Elisa fué vigilada, severamente reprendida, castigada con crueldad, y yo recibí desaires, que así agravaban mi amor propio, como estimulaban mi pasión.

Un mes había corrido sin que hubiese logrado ver á Elisa, cuando llegose á mí un día su doncella y me dijo: «Mañana al anochecer en el jardín de la casa de baños de...» Allí me hallé á la hora, y Elisa, que había elegido distinto departamento que su madre, en vez de bañarse, me esperaba oculta en una umbría.

La vi, y corrí en su busca; entonces me mandó sentar, y ói de sus labios esta sentencia, puesto de rodillas.—«Mi madre, dijo, toca ya á la desesperación, y me ha dicho que habiendo dispuesto anteriormente de mi mano, ó cumplo con su mandato y la doy vida, ó la desobedece y se da la muerte... Ella es injusta, pero yo he resuelto sacrificarle lo que me dió, sin perder la veneración á sus mandatos...»

Atónito mi juicio, no creía lo que mis oídos escuchaban, y en esto Elisa soltó un llanto desgarrador como la última plegaria de un reo de muerte.

—Bien mío, la dije entonces, yo te había formado solo para mí, porque soy solo en la tierra... Tu madre será obedecida; pero su imposición (tenlo presente) ó nos lega el delito, que es el esfuerzo con que el entusiasmo salva por cima la ley escrita, ó nos condena á una vida de deseos estériles y agonías cumplidas, peor y mas cruel que si nos mandara asesinar!

Sellé un beso involuntario en su boca; era el primero y último; no sé si envolvía profanación: una ráfaga de viento seco arastraba la llama de un incendio que lamió la corola de una rosa.

Aquella misma noche salí de Sevilla, y á los cincuenta días recibí una carta en la que se me anunciaba que Elisa se había casado con un rico comerciante de Stokolmo, el cual se la llevaba en el mismo buque en que había traído un cuantioso flete.

Desde entonces acá, las lágrimas se habían secado en mis ojos para todo; creía no volviesen á correr, pero hoy esa cartera, que te ruego me leas, ha despertado mi juventud para engalanar un recuerdo doloroso.

II.

Cuando el viajero halla sobre su camino alguna de esas severas fortalezas de la edad media, si ignora la historia de aquel atleta combatido sin tregua por la ira de los hombres y la tenacidad del tiempo, desliza solo por su superficie una ojeada sin filosofía, sin pena ni admiración, concedida á la indiferente curiosidad. Pero si allí, sentado al pié del castillo secular, encuentra al anciano labriego que le revela la tradición, entonces el espíritu investigador hiende los pasados siglos por el trayecto que trajeron las generaciones: entonces la fantasía vivifica, anima al gigante de piedra; la poesía le decora; la imaginación penetra y recorre sus ámbitos; el talento lo analiza, y el corazón lo ama con aquella vehemencia del instinto que nos adhiere á todo lo grandioso.

Tal hubiera pasado mi vista por una *cartera* sin lujo ni primor artístico exquisito, y borroneada por una muger; por mero pasatiempo, ó imitación mezquina de las novelas. Pero cuando fuí advertido que allí, en ella, el amor y la virtud habían empleado en secreto quince años enteros para levantar al mal herido corazón un asilo amasado con lágrimas y hiel, desde el cual combatiera las pasiones sus enemigas; pero desde que fuí advertido que este asilo del corazón éralo también del alma, templo en la soledad, templo sin mas altares que la memoria viva de un Dios en el cielo, de un hombre en la tierra, y de dos leyes á cual mas terribles, una humana y otra divina en el mundo!!!... Entonces ¡ay! entonces, leí en ella la confesión de un alma ardiente, mal articulada, y suelta á gritos en el desierto de la vida, y se me presentó por último como uno de esos ignorados albergues del anacoreta ascético, en los cuales al encontrarlos el ojo profano ve solo una humilde choza, y el hombre contemplativo admira un templo cuya techumbre acaba donde la eternidad comienza!...

Mi amigo se sostenía la frente con ambas manos, y yo di principio á la lectura por la primera hoja, que decía así:

«Dios lo habrá querido, cuando me dió resolución para ello; pero si ahora me deja abandonada á mi propia flaqueza, estoy perdida... ¡Perdida!... No, no; yo rogaré á Dios para que me ayude. Siempre que esté sola, me postraré para suplicarle con todo el fervor de mi alma. Ya lo he hecho una vez. El pecho y las rodillas me duelen mucho, porque no están acostumbrados á la penitencia; pero el corazón se me ensanchaba con la oración, y la santa imagen que tenía delante me pareció que se sonreía benignamente. Si: acaso

confiósele á pesar de su juventud un cargo que parecía destinado á la ancianidad, el de superior de las Nuevas Católicas. Entonces compuso el *Tratado de la educación de las jóvenes*, y el de los *Deberes de los sacerdotes*.

La fama de estos libros llegó hasta el rey, que confundiendo á Fenelon con los prelados que pululaban en su corte, le confió una misión delicadísima, pero superior á sus fuerzas morales; que era acabar de destruir el calvinismo en dos provincias de Francia, ayudado de la palabra de Dios y de la fuerza bruta. Fenelon renunció con razones tan sublimes, que el rey, reconociendo todo su valer, le nombró maestro de su nieto el duque de Borgoña, dignidad pretendida á la sazón por las mas altas y célebres del clero francés.

En este campo era donde debía brillar en todo su esplendor la gloria de Fenelon. Hallábase colocado por la suerte en el puesto mas honroso para un hombre de su virtud y de su ciencia, y podía decir como Jesucristo: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.

Desde entonces, dice *Lalaupe*, cada palabra suya fué una lección sublime.

Para contribuir mas eficazmente á la enseñanza del príncipe, que por cierto necesitaba mucho de ella, compuso Fenelon el *Telémaco*, obra inmortal que envidian á la Francia todas las naciones, y á saber todos los sabios. No hubo pueblo extranjero donde no se tradujera, cosa muy rara en aquellos tiempos, y la Academia, fundada en el reinado anterior por Richelieu, abrió sus puertas á Fenelon. Bien que este libro reunía todas las bellezas de una obra de imaginación, al estilo mas puro y mas elegante. Nunca la virtud se había valido de un lenguaje tan bello para hablar á los hombres.

Abrazando con ardor el arzobispo de Cambray la carrera de las letras y de la enseñanza, publicó después los *Diálogos sobre la elocuencia*, que son otro magnífico monumento de buena crítica y de lenguaje. Su discurso á la Academia, y la epístola sobre la poesía, que le dirigió, acabaron de consolidar su reputación, que ya era envidiable.

Literato famoso, príncipe de la Iglesia, bienhechor del Estado, por haber contribuido á la educación de su futuro rey, gozaba Fenelon de los placeres mas puros que sean dados á una alma justa; pero vinieron á turbarlos las famosas querrelas de religion, que fueron mas que una causa un pretexto de su ruina.

Ya á la aparición del *Telémaco* habían hecho creer á Luis XIV sus mezquinos aduladores, que el libro aquel era una fábula antigua con personajes nuevos: como en toda obra notable, se suponían al *Telémaco* tendencias que sin duda el autor no había tenido. Creyó verse Luis XIV retratado en ella, y jamás esta aprensión se borró de su mente.

No hay cosa como el entusiasmo religioso, porque es el mas exaltado, el que mas inflama la imaginación del hombre. El alma pura de Fenelon debía de sentir este entusiasmo, hijo del amor al orden, á la verdad y á la paz que se asimilan y confunden con la idea de un solo Dios. Por consiguiente si Fenelon estaba destinado al error, su error debía de ser un esceso de amor, su religion no era otra cosa que amor, y sus pensamientos eran verdaderamente celestiales. Basta para convencerse de esto, leer en el *Telémaco* la descripción del Eliseo.

De aquí sus imitadores hicieron brotar una secta llamada del *Quietismo*, que á fuerza de desvirtuar sus pensamientos y hasta su lenguaje, se obstinó en tenerle por jefe, aunque mil veces durante su vida, y en particular á la hora de su muerte protestó contra aquella impiedad.

Entonces se trabó aquella famosa lucha dogmática, que fué uno de los mas curiosos episodios del reinado de Luis XIV. Casi todos los cortesanos célebres combatieron al arzobispo de Cambray. Desmarests, obispo de Chartres, Madama de Maintenon, y hasta el mismo Bossuet... pero apresurémonos á decir de esta lumbrera de la Iglesia, justamente venerada, que no era envidia lo que animaba el corazón y la pluma de Bossuet contra el arzobispo de Cambray, sino que le creía sinceramente sumido en el error. Esta diferencia de modo de ver la religion en dos hombres tan eminentes, nacia de sus caracteres. Bossuet era hombre antes que religioso; Fenelon era religioso antes que hombre. Después de su triunfo quedó Bossuet á los ojos de la Cristiandad como el obispo mas ortodoxo de su época: después de su derrota quedó Fenelon como el cristiano mas humilde.

La controversia, como era natural, llegó á Roma, que condenó á Fenelon. Los escritores de Port-Royal querían aprovecharse de aquella coyuntura para atacar á la corte de Roma; pero Fenelon desde su retiro publicó aquella humilde sentencia, que ha legado hasta nuestros días:

«No quiera Dios que se hable de nosotros sino como de un pastor igual á la mas humilde de sus ovejas.»

Esta debilidad no desarmó á sus enemigos. Roma había hecho poco; los enemigos del arzobispo la sobrepujaron.

Sus propios sufragáneos, reunidos para recibir el *breve* que le condenaba, osaron decirle que su mando no debía exigir obediencia absoluta, y decidieron, contra el parecer del papa, y las reclamaciones de Fenelon, que se prohibiesen todos sus discursos apologeticos; y esto en su presencia misma y por mayoría de votos.

Desde entonces se resignó á la desgracia el obispo de Cambray, y dedicose exclusivamente á cumplir su misión sacrosanta. Aquella voz que tan sublime parecía en la capilla de Versalles, no lo parecía menos en el templo de una aldea; con la sola diferencia de que hablaba á cada auditorio su verdadero lenguaje, que es la mayor dificultad del púlpito y de la tribuna.

Hacia los últimos años de su vida sostenía una correspondencia muy animada con el duque de Orleans, después regente del reino; y este fué el origen de las *Cartas sobre la religion*.

Muertos todos sus amigos, Beauvilliers, Chevreuse, y el duque de Borgoña, objeto de su afección paternal, pudo decir justamente, «todos mis lazos se han roto,» y morir resignado.

Sus últimas palabras fueron tributos de respeto y de amor al rey que le hizo desgraciado y á la Iglesia que le condenó; pero olvidadas aquellas injusticias con el trascurso de los siglos, que hace brotar la verdad de las tinieblas de la historia, mas grande que Luis XIV y que casi todos los personajes de su época aparecerá siempre el nombre de Fenelon.

«Dios me hable algun día, y destruya con una palabra todo el jermén de la condenación que abriga en el seno.

«Mi infeliz padre, antes de la insensatez en que se halla, y cuando yo con mis caricias quería mitigar sus padecimientos, solía decirme: ¡Hija mía! La virtud es el sufrimiento. Bien sufriré dolores mas agudos que los que afligian á mi padre: porque los míos están en el íntimo del alma; porque á mí nadie me los mitiga: porque el que me acaricia atiza el culto incendio de mi desesperación, y sus manos son hierros aguzados que apenas tocan la tez, desgarran las entrañas. Sufriré inmensos dolores, sin tener á quien abrazarme y llorar, ni á quien acercarme y decirle: Mi espíritu está enfermo y necesita la unción del consuelo; mi espíritu está enfermo; amiga mía! hermana mía! hijos de mi vida! Derramad en él un bálsamo de esperanza, aun cuando esa esperanza sea mentida. ¡Nada, nada! Porque ya he quedado sin quien me comprenda.

«Muda con el sentimiento vivo y la voz formada, sin tener en el suelo á quien comunicar mis sensaciones ni mis secretos, los encerraré en esta cartera para hablar conmigo misma, hoy las penas de ayer, y así una por una mis penas irán un día tras otro ligadas como las horas en el reloj, y todas juntas leídas y releídas mil y mil veces por mí sola, serán un veneno compuesto por mi mano si Dios me abandona como mi madre.

«¡Mi madre!!! Desde ayer no la pertenezco: á las siete de la noche puse mi mano en la de Hugo, y mi juramento en la autoridad de un sacerdote. Lo hice todo maquinalmente: nada sentía, ni recuerdo cosa alguna de cuanto allí pasó; pero luego me han dicho que estuve muy serena.

«Quien me sacó de esta enajenación luego de la solemnidad acabada, fué mi madre, la cual dándome muchísimos besos y llorando con extraña mezcla de alegría y tristeza, me dijo: Hasta hoy, hermosa mía, eras una niña que necesitabas mi dirección: ya eres una mujer que debes convertir hácia tu marido el respeto que me tenías, y mucho mas habiéndonos de separar la una de la otra. Gracias al Señor, me alabo de haberte conducido bien; tú ya tienes estado, que es lo principal que debemos procurarnos nosotras. Con el estado, tienes riqueza, que es la mayor prueba de mi tino: y con la riqueza podrás tener lo que te dé la gana, como no sea en perjuicio de la honra de tu esposo. Mira por tus hijos, si Dios te los da, y procurales igual suerte, á la que yo te he proporcionado. ¡Hija mía, divina! ¡que tienes una cara como un serafín del cielo, y un alma como una paloma! La hija obediente es un tesoro que los padres acumulan poquito á poco, con tiempo y trabajo, para que entre de golpe á enriquecer la casa del hombre honrado que la toma en matrimonio. Tú ya tienes ese hombre, al que debes endulzar las amarguras de la vida con tus caricias, al que debes aliviar en sus dolencias con tus besos, al que debes unir tu voluntad sin contradecirle jamás, porque los hombres se irritan con la contradicción, y son como lobos rabiosos; al paso que si se les combate con la condescendencia, se vuelven perros que se dejan pisar. Ten muy presente á todas horas cuanto mi amor te aconseja. Mi bendición, Elisa, irá contigo, desde el puerto, por esos mares adelante y á todas partes, el día en que te embarques.

«Así habló mi madre cuidando de mi tocado y prendiéndome alfileres con una oficiosidad nunca vista en ella.

«Pasé luego á besar la mano de mi viejo padre, que por razon de su apoplejía no puede moverse de la silla en que se le coloca, y el pobre anciano, incorporándose como mejor le era dado en su butaca, me clavó los ojos con cierta envidia de niño, y con una sonrisa casi estúpida balbució estas mismas palabras. El *sueco!* el *sueco!* que ha venido á llevarse la mejor alhaja que hay en mi casa...

«Aquí me fué imposible resistir por mas tiempo, y solté á llorar: mi madre me recogió en sus brazos para llevarme al gabinete, y al alejarme de mi padre aun le oía murmurar. El *sueco!* el *sueco!!!*

«En el gabinete estaba Hugo con un papel y un lápiz en la mano; tan embebecido al parecer se hallaba en el cálculo, que al principio no atendió á mis lamentos, y se puso á hacer números; pero luego que hubo concluido, guardó el papel, vino á nosotras, habló á mi madre, me aplicó su mano á la frente, encogió los hombros y dijo en un francés que me pareció mas rudo que lo que le he oído hablar otras veces. Bah! Bah! *C'est une affaire naturelle...* Dicho esto, tiró de la campanilla, vino el criado, y le pidió una taza de té para *Madame*. Yo le repliqué que no apetecía tomar nada, que lo único que quería era acostarme, y me acosté. Mi madre estuvo á mi lado hasta las once de la noche que mi marido volvió de la calle.

«Dos horas escasas he dormido; en ellas soñé que estaba soltera todavía, y desperté en la mitad de una carcajada de alegría. Por siete ó ocho segundos creí en el ensueño; la lámpara ardía aun; volví la cabeza extrañando la novedad que se había obrado en mi cuarto, y tropecé contra el rostro de Hugo que dormía profundamente. Un sacudimiento de sorpresa heló la sangre en mis venas, y se me agolpó todo el recuerdo de la historia del día anterior... El llanto entonces reemplazó á la risa, como la realidad á la ilusión.

«Me acuerdo que apreté los párpados para no ver nada de cuanto allí pasaba; que aquel lujo y variedad obrada en mi aposento, envuelto y confuso todo con los misterios de la noche, me representaban como si estuviese con la agonía de la muerte, y abandonada ya y tendida sobre los atavíos fúnebres de un féretro.

«Me he pasado mas de una hora con los ojos cerrados, y en oración mental, todo por ver si podía coger el sueño como otras veces; pero inútil esfuerzo! hoy he conocido que el corazón no se deja sorprender cuando se ocupa en ser vigía del sentimiento. La rudeza con que este ser independiente de nuestra razon se revuelve dentro del pecho armado de puntas de acero, embriagado con nuestra sangre, que tan pronto parece que la traga toda, como que toda la arroja de una vez, nos mantiene en una agitación parecida al estertor de la muerte, y los gritos de alerta que lanza á los sentidos, estremecen el alma atrincherada en el último recinto de la vida.

«¡Ay de mí! jamás me había ocurrido que yo, infeliz mujer, llegaría á escribir estas observaciones; pero he sentido ahora penas muy crueles, y por eso las copio; mas quedan descoloridas, porque no hay palabras para el sentimiento.

El pincel suele ser mas feliz y conciso en pintar uno de esos instantes de gloria ó de condenación; pero sus alegorías quedan siempre en una misma gloria ó en un mismo infierno, y esto no basta. Era preciso para darnos á conocer que la humanidad pudiera vernos á cada uno de los que la componemos, en todo ese tumultuoso tropel de sensaciones encontradas que se suceden mas rápidas y enlazadas que las partículas del tiempo mismo. Para llegar á este término de claridad, nada se ha descubierto todavía, y por eso cada uno de nosotros vivimos moralmente, como si en lo físico nos encontrásemos aislados sobre un promontorio desierto la mayor parte de nuestra vida...

«Casi me alegro de ello, porque si á mí fuese dado formular mi sentimiento dentro los signos del dibujo ó del lenguaje, tan grande es, que probablemente sentiría vanidad en dárselo al mundo... Pero ¡pobre muger! El mundo ¿qué caso había de hacer de tí, ni qué le importa que tú padezcas tanto? Dale pan al mundo, y te bendecirá; enseñale oro, y te lamorá las manos; pero muéstrale lágrimas, y huirá de tí; ó vístete de andrajos, y te pisará.

«Así son las gentes en efecto. Estoy sola! Sola mientras viva en la virtud; pero si mañana cayese en la pobreza del delito, cada hombre sería una ironía, cada muger un sarcasmo, y todos juntos, ese verdugo que hace los delinquentes y no tiene piedad de sus víctimas.

«Tú, cuyo nombre no quiero escribir para que ninguno lo insulte, si se me pierde esta cartera, ¡hombre generoso y bueno! tú has hecho mi desventura, y yo he labrado tu inutilidad. A nadie culpo: ambos hemos sido y somos inocentes; pero tú nada mas lo sabes, y por eso me pesa haber escrito que estoy sola en el mundo... No lo estoy ciertamente, si tu compasión me sigue á todas partes.

«Sevilla, abril de 1823.»

Tan pronto como concluí de dar lectura á este primero de los manuscritos de Elisa, me suplicó mi amigo que no continuara, porque se sentía débil para soportar por mas tiempo tanta dosis de amargura. Conoció la alteración que se había obrado en su semblante, y cesé; pero como yo me sintiese movido de la curiosidad, seguí fojeando para mí solo, muchas frases interrumpidas, y otras demasiado vehementes y desconcertadas, ó sobrado melancólicas que fué dejando atrás, hasta dar con las siguientes observaciones de Elisa, tituladas:

«MI CUNA Y MI SEPULTURA.»

«Hace un rato que por entretenimiento cogí el *Diccionario geográfico*, y en él busqué á *Stokolmo*, y después de señalar sus pocos edificios principales, dice así: Se halla muy hácia el septentrion de Europa; sus casas son de madera, y está edificadas sobre pilotaje de maderos en muchas islas entre montes y rocas. No tiene mas que dos estaciones, nueve meses de hielos y tres de calor activo.

«Allí deben terminar mis días!... ¡Ya no es solo la pena de la ausencia quién los abreviará!...

«Sevilla! patria mía! tú á quien amo con la ternura que el mamoncillo se goza en la madre que lo arrulla en su regazo! Verás cuán en breve me arrebatan de tu seno para llevarme donde mis miembros se pongan ateridos con los del huérfano sin hogar.

«Sevilla! ¡Matrona galante que restauras tu juventud á cada nueva aurora, como las rosas que circundan tu frente y cuajan tu vestidura! ¡Tú que nunca encanece con lo hielos! Sevilla! ¡tú que nunca vistes la mortaja de nieve con que Dios envuelve á la naturaleza, muerta allá bajo otros climas! Tú, el mas preciado florón de la diadema del moro en otro tiempo: tú, el orgullo del rey Santo, la deseada de todos: Elena inmarcesible, á cuyas plantas, para lograr tu posesion llegaron de propias y extrañas tierras ejércitos de galanes caballeros á rendirte la vida!... Verte y gozarte solo, es mas crecida riqueza para mí que poseer y guardar todo el oro junto de todos los publicanos del mundo.

«Sevilla mía! Tú nunca muestras el ceño en las tempestades, ni esparces ni enmarañas nunca tu fresca cabellera de palmas y naranjos, de arrayanes y limoneros, con el huracán, sino que te sonries en el Guadalquivir, te ries en el cielo, y desabrochas tu seno de infinitas flores y multitud de olores, sobre una alfombra de esmeralda, donde bullen las corrientes aguas como sierpes de azogue en sus veneros.

«Sevilla mía! que cual una amazona reina ciñes tu garganta con un collar de setenta y seis torreones, sobre los cuales pasaran y pasarán los siglos sin robarte uno siquiera; tú que la mas elevada punta de tu corona se pierde casi en la transparencia de una atmósfera sin nubes... ¡Yo te adoro, Sevilla mía!...

«Madre fecunda de tantos pintores y poetas que bebieron el genio en el aliento que respiras! ¡Tú me diste tambien este corazón en que se imprimen las sensaciones que arroja tu hermosura!!! ¡Cuánto voy á sufrir!...

«Jardin de las Delicias, dos dias antes de mi partida para el Septentrion.»

III.

Creendo yo que este arranque poético, tan propio de la fantasía de las mugeres meridionales, hubiese exacerbado la susceptibilidad nerviosa de mi amigo, hice demostración de abandonar la lectura, lo cual, visto por él, acercose á mí con marcada impaciencia, y me dijo:

—Prosigue, quiero oír, me siento con un valor invencible: ¿no ha muerto ella y yo vivo? Pues bien. Además ¿cómo soportar el anhelo con que mi corazón busca el eco de sus lamentos? Acércateme, que necesito ver su letra. Que mi vista siga las desiguales líneas trazadas por su mano, como mi dolor siguió á su alma por los tortuosos senderos de la amargura. Hasta el borde de la tumba, las lágrimas van abriendo paso al que padece... Desde la tumba allá!... ¡ah! Elisa, ¿dónde estás? Ya volaste á las regiones del consuelo. Allí sonries esperándome á mí, heredero de tus pesares en la tierra...

Quedose con una espresion inefable de resignación: su mirada apenas descendida del cielo, buscó las paginas del libro, y yo aproveché este momento de tregua entablada entre la desesperación y el abatimiento para ir á su fin.

«Aun soy tuya, patria mía! Bendigo la tempestad, porque me ha vuelto á tus playas!

«Al principio, el cielo ni el mar anunciaban la ira que después han desplegado. Sin embargo, el capitán y alguno que otro de aquellos mas experimentados marineros daban muestras de recelo. Los preparativos de maniobra para combatir una borrasca, que estaba aun presa en la mano del Todopoderoso, se tomaron. El viento fué creciendo de punto y empezaron á encrespase las olas en una dirección opuesta á la que llevaban las nubes. Estas eran densas y negras, pero pequeñas, repartidas y en corto número; corrian mucho y cambiaban insensiblemente de forma, reproduciendo siempre un nuevo objeto á la fantasía. Hubo un instante en que asemejaron á una yeguada, toda compuesta de caballos de color oscuro, apacotando en una delicia sin término. De improviso se les vió correr, y se arredillaron como si los acosaran los lobos.

«Hasta entonces habíamos observado la evolución de las nubes en lontananza; pero cuando vinieron á apiñarse, caian verticalmente sobre nuestras cabezas, y un espantoso truenouelto á la par con un relámpago fueron el grito guerrero de la tormenta, desplegando su bandera de fuego, cuyos últimos pliegues arrastraron sobre la superficie de las aguas. Por un efecto de temor involuntario abaté los ojos cerrados; pero al abrirlos, miré abajo, y noté que la mar, que era antes verde y azul mezclados, estaba negra como la capa del cielo. Hugo se llegó á decirme que me bajara á la cámara, pero le respondí con una chuzca tan valiente, que no pudo menos de dejar á mi discreción encomendada la seguridad de su esposa.

«El trueno, el relámpago, el vendaval ú otro fenómeno cualquiera para mí desconocido, habían acrecido y desgarrado de tal manera las nubes, que parecían lindar con lo infinito, y en medio de aquel trastorno de la naturaleza ya se vió cómo las olas, el viento, nuestra goleta y las mismas nubes marchaban en armonía, pero sin freno en la carrera, y tan ruidos en sus ímpetus que el aire no permitía respirar, que las olas se elevaban como ciudades, para después hundirse dejando un vacío pavoroso, y que el barco quitando la seguridad á nuestros pies, y la fuerza á nuestras manos para agarrarnos y sostenernos, así rompía las amenazadoras poblaciones y castillos flotantes que se le venían encima, como se arroja en los abismos que amenazaban tragarlo.

«Desde el patrón hasta el último paje de escoba, aquella tripulación en peso, se componía de *suecos*; de suerte que los oía murmurar, hablar, gritar, y encomendarse sin duda á Dios; pero sin entenderles mas palabras que las muchas veces repetidas de *Cádiz* y *los escollos*, no podía imponerme del verdadero riesgo, que ciertamente me suponía bien poco.

«Ni una gota de agua había descargado el cielo sobre nosotros, y la marejada que entraba por las escotillas tenía ya empapadas nuestras ropas.

«Los truenos eran tan grandes, que parecía no haber dos juntos en todo el vacío; y tan continuados como la progresion en que marchan los soldados de un regimiento. La cárdena luz de los relámpagos anunciaba la detonación, y el rayo como el fogonazo del cañon anunciaba el estampido y la bala.

«De repente se desgajó un turbion de granizo tan violento, que me obligó á guardarme en la cámara, y Hugo bajó conmigo; estaba muy ensimismado; pero exento de esa pusilanimidad que hace despreciables á los hombres. Yo iba cogida de su cintura, y estaríamos á la mitad de la escalerilla que conduce á la cámara, cuando vino tan fuerte vaiven, que me arrojó desde lo alto al suelo.

«Hugo se dió prisa á bajar y levantarme; me examinó si estaba herida con cierto interés que le agradecí mucho en aquel momento, mas luego que vió como no había recibido perjuicio notable, me colocó en un zaguami embutido en las paredes del buque, y me dijo: Voy á ver si con este sacudimiento tan fuerte han rodado como tú las pipas de vino de Jerez. Naturalmente mi gratitud desde entonces debió ser menor, porque todas juntas y á cada una de las pipas del cargamento, puesto que les tocaba igual protección que á mí por parte de Hugo, tambien ellas debían tenerle un tanto de reconocimiento equivalente al mio.

«Por último, y después de diez ó doce horas de correr avería, ya sin resistencia, en manos de la casualidad, terminó la borrasca con un diluvio que apagó los relámpagos, despejó el horizonte, y desveló el sol. Calmose el viento, se apaciguó la mar, y cuando yo creía que estábamos á cien leguas, vi con grata sorpresa, por un lado el peñon de Gibraltar, y por otro el castillo de Gibralfaro, que tantas veces en mejores dias me anunciaron el término de una jornada de placer, y de los cuales me había despedido para siempre cuando dí el adios á mis alegrías!

«La pobre goleta está en el puerto, casi hecha pedazos, y me han dicho que indispensablemente tiene que carenarse. Esto me viene á mí mejor que á mi marido; porque él, consultando sus pipas de Jerez, tiene una voluntad totalmente opuesta á la mía; perdóneme mi madre, yo no lo puedo remediar... mi voluntad es mas flaqueza que tenacidad, mas ternura que orgullo.

«Málaga, el mismo dia de nuestra arribada.

«Hoy he salido á paseo con mis amigas de esta ciudad. ¡Cuántos dulces recuerdos! ¡cuántas caricias que no pensaba gozar, han llovido sobre mi corazón, que se ha abierto para recogerlas todas, de la misma manera que la flor de julio guarda en su cáliz el rocío de la mañana! El alma se estasia en la mansion de la dicha, contemplando en torno suyo un coro de ángeles que suspendianla en sus delicados brazos, y la saludaban con un himno mágico de alabanza, el cual ponía en olvido el recuerdo de todo lo pasado, y disponía el goce para lo presente. ¡Ay! en cada calle, en cada árbol, en cada casa he saludado una ilusión de mi infancia ó de mis primeros dias de pubertad... Una ilusión de aquellos dias no alterados por el pesar, de aquellos dias que nos parecen uno solo cuando los gozamos sin experiencia; pero que ya entran en el áspero sendero de la segunda jornada de la vida, solemos fatigados volvernos á mirar á ellos, y los hallamos á la espalda, como un rayo de luz que cruzó un instante por nuestra noche de peregrinación hácia nuestro propio sepulcro.

«No quisiera atigirme con mis mismas palabras, porque me contemplo dichosa en este momento. Acabo de obtener un triunfo.

(Se continuará.)
A. ROS DE OLANO.

UNA MADRE HOLANDESA.

La vetusta, sábia y diplomática ciudad de Utrecht, cuya antiquísima torre se refleja en las aguas del Rhin, despierta tan solo de su letargo cuando toca á sus puertas ese enjambre de estudiantes que vienen á extraer miel de las flores de su escuela. Cada año, los padres no muy acomodados de las cercanías se desprenden de una parte de sus modestas rentas, para enviar á sus aplicados hijos á aquel emporio de saber, donde muchos aseguran su porvenir.

Del número de estos es el héroe de mi cuento, mozo interesante y entusiasta, joven é insperito, pobre aunque holandés, y aunque holandés poeta.

Llegó á Utrecht el candoroso Carlos en un modesto *treschuit*, barca no menos rara que su nombre, pesada, indolente y monótona, que se desliza sobre las aguas dormidas de los canales, sin ruido ni vida. Hospedose en un modesto albergue, habitando un cuarto con estufa de blanca loza, cortinas como el ampo de la nieve, y cristales tan pequeños como limpios, y tan limpios como holandeses. Sus exiguos recursos no daban para otra cosa que algun pan negro, manteca y queso en abundancia, y de vez en cuando suculenta carne y prosaica cerveza; con lo cual, con su angelical carácter y risueñas esperanzas, y vivir mas feliz el mozalbete que el mas cuidado hijo del primer Jonkheer ó sea hidalgo de Gueldres ó la Frisia. Mientras que el cuidado pasaba todo el invierno con tan triste economía, la fortuna se ocupaba lentamente de labrar su suerte.

Llegó por último la primavera, en que los pobres se creen ricos, pues dueños se imaginan de las flores que en el prado brotan, del sol que sobre su frente brilla, de las aves que para su encanto trinan. Carlos no solo halló la felicidad por este tiempo, en los deleites que pródiga le concedía la naturaleza, sino que un extraño acaso vino á coronar el edificio de su ventura.

Dos veces por el día el pobre mancebo, al ir á la universidad y regresar á su casa, pasaba por una calle estrecha, oscura y plebeya, habitada tan solo por artesanos ó mercaderes de cuarta esfera. Mas de una vez habia notado que una muger, poseedora de una tienda de antigüallas, ni con bastantes años para ser vieja, mas sí con demasiados para ser joven, se hallaba á la puerta de su casa siempre que él pasaba, mirándolo con una atencion estraña de afecto é interés, y no perdiéndolo de vista hasta que trasponía la calle. Duró esta aparicion todo el interminable invierno de aquellos climas, sin que el modesto Carlos lo atribuyese á motivo ninguno particular. Pero sus compañeros, mas taimados que él, habian observado la alicion de esta muger, y llamaron la atencion del distraido joven, que se cercioró de la exactitud de estas observaciones.

Tan luego como hubo certeza de la simpatía de la tendera, y que ni un estudiante careció del conocimiento de esta aventura, imagine quien pueda la broma, chanzas y diversion de que era objeto Carlos. El nombre de su amada era un motivo mas de algazara; llamábase Elvira Teederhart, ó sea corazon tierno: decíanle sus amigos, cuando lo veían abatido: «Consuélate, pues que te ha dado el cielo un corazon tierno, cuyo ardor no han podido entibiar cincuenta inviernos.»

Carlos, sin saber por qué, escuchaba con repugnancia estas bromas; pero no obstante, llegó á familiarizarse con ellas, y á reir como todos al hablar de la tierna tendera. Un día que se habia quedado algo detrás de sus compañeros, y que Elvira estaba á la puerta de su tienda, uno de aquellos alegres estudiantes les dijo á gritos, parodiando una elegía holandesa: «Acorre, acorre, oh harto tardio amante! tu joven enamorada te espera,» y diciendo esto, miraban con sardónica sonrisa á la tendera, lanzando en coro una carcajada mofadora aquel tropel de desalmados estudiantes. En el momento mismo llegó Carlos á la tienda y vió que aquella muger estaba inmutada, y que arrojándole una indefinible mirada de tristeza y ternura, desapareció para ocultarse en la trastienda. Se retiró el joven silencioso, cabizbajo, irritado contra sus amigos, disgustado de sí propio, y perseguido por una vaga inquietud que se parecía á un remordimiento. «¿Cómo he podido tolerar, se decía, que insultasen mis amigos á esta buena muger? ¿Qué ha hecho para tal escarnio? ¿Y por qué no he rechazado semejante insolencia?»

Al regresar de la cátedra, con paso mas acelerado que de costumbre, volvió Carlos á la calle de su ultrajada amiga, con deseo vehemente de volverla á ver. Fué y volvió, se detuvo y miró, volvió la cabeza y pisó con fuerza: todo fué inútil. Elvira no salió cual solia, ni Carlos logró verla.

Pasaron un día y otro, sin que la tendera se dejase ver; su tienda estaba abierta, pero sola y abandonada. Esta desaparicion repentina de una muger que parecia tan sentida y pundonorosa, aumentó los remordimientos y pesares de Carlos, el cual exagerándolo todo, suponía irreparable el agravio hecho por sus amigos. Quien el veía marchar lenta y pesadamente



Transparente.

por las calles de Utrecht, con la vista turbada, aire taciturno y labios desunidos, lo tomaba por un amante despechado.

Al cabo del tercer día, no pudiendo ya tolerar aquel corazon nuevo y puro la ansiedad que lo agobiaba, se decidió á poner término á su agonía, y para ello se resolvió á entrar en

notar que á todos era público que venia de casa de la tendera. —Es una loca, decía uno, lo tengo de buena tinta; sus vecinos no la ven salir jamás de su nicho, en que vive como una lechuza.

—Es una tacaña, decía otro, que cuida sus escudos como pudiera hacer con sus hijos; los viste con trapos viejos y los lava cada día.

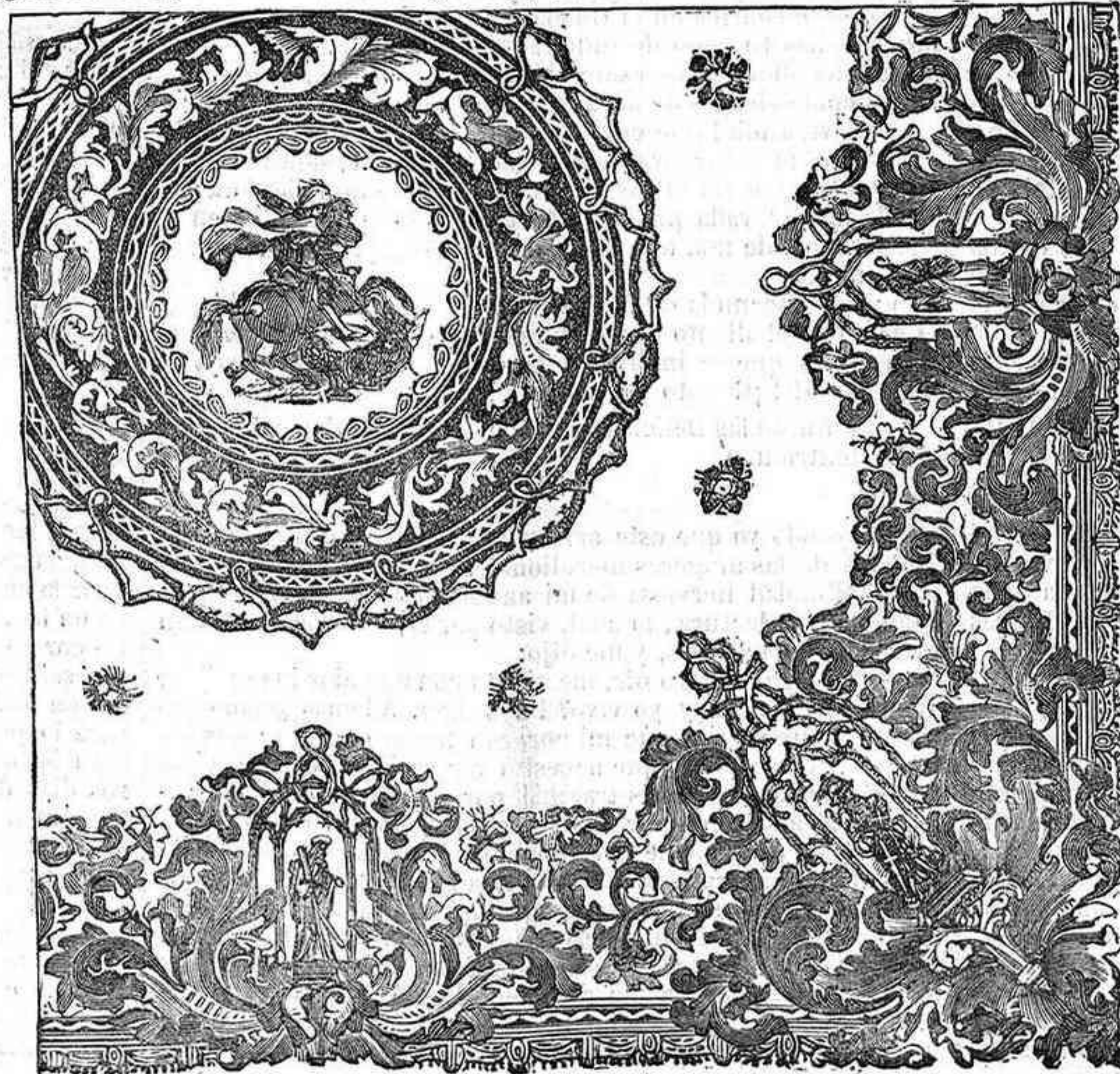
—¿Qué! no es eso! es una bruja, dijo otro; una bruja que se encarama por la chimenea y cabalga en el mango de una escoba.

—Es una muger excelente, exclamó de repente Carlos, una muger de quien no volveré á tolerar jamás que se hable sin respeto en presencia mia.

El próximo domingo no faltó el estudiante á la cita. Adornose con su mejor frac, con la corbata que le habia bordado su hermana, con su chaleco de pana, y con la imperceptible vanidad de un joven satisfecho de sí mismo. Fué recibido en un cuarto sencillo, aunque hermoso; los muebles, los adornos todos denotaban buen gusto y modestia. Era no obstante el adorno principal de aquella habitacion un cuadro bastante grande, cubierto con un crespon negro, colgado en el testero.

La Teederhart se mostró regocijada al ver la puntualidad de su nuevo amigo, y aunque era regalada su comida, le pidió mil veces perdon por convidarlo á tan mezquina mesa: hubiera querido que el pescado fuese mas fresco, que las perdices estuviesen mejor cebadas. Sirvióle en vasos de Venecia ricos vinos del Rhin y de Borgoña. Al terminar la comida le hizo mil preguntas con el fin de saber cuál era su país, su familia, su plan de porvenir, y recibia las respuestas todas con las señales mas evidentes de simpatía.

Después de dos ó tres horas de dulce é íntima conversacion, en que la tendera habia mas de una vez dado á su amigo pruebas de interés, cuando este se despedía de ella, le dijo Elvira, sacando de una papelería un bolsillo lleno de plata: «Me habeis hecho un favor que tengo en mucho, os habeis privado por mí de



Mantelería.

vuestro recreo del domingo; concededme otro favor mas. Yo sé muy bien que no sois rico, me lo habeis confesado vos mismo, y en Utrecht, solo, con escasos recursos, debeis padecer muchas privaciones. Dispensadme la gracia de aceptar una parte de lo que á mí me sobra. La voz de la Providencia me manda que os haga esta dádiva, habiéndome dado mas de lo que he menester, sin duda para que contribuya á la felicidad ajena. Tomad, le dijo, queriéndole entregar el bolsillo; mas como Carlos se retirase con un movimiento de vergüenza, insistió ella, diciéndole con dulzura: ¡Oh! en nombre de vuestra madre, no rehuséis esta ligera ofrenda; pensad que no perjudico á nadie; y que me la pagareis un dia, cuando seais rico y feliz como mereceis.

Carlos luchó, pero al fin fué vencido por la ternura y afectuosidad de la tendera, quien al ver que tomaba su bolsillo, juntando las manos exclamó: ¡El cielo os bendiga!

Muchos domingos se pasaron de igual modo; Carlos, siempre afanoso de ver á su amiga, y esta cada dia mas contenta de su trato, mimándolo y agasajándolo con atenciones delicadas, inquiriendo con interés el estado de sus adelantos, de sus necesidades y de sus sueños de jóven. A veces sonreía al escuchar narraciones llenas de candor é ingenuidad, otras lo alentaba en sus estudios, otras aprobaba sus planes, y por fin otras lo reprendía con tono de dulce y cariñosa autoridad, cuando hallaba en su conducta algo que mereciese reconvencion.

Carlos hubiera querido tambien penetrar en la historia de la vida de la tendera; habia en la mirada suavísima de esta un imperceptible rayo de tristeza que interesaba y que era difícil poder explicar. Viendo su fisonomía franca y espresiva, sus grandes ojos azules, cuyo brillo no habia podido ajar la edad, sus labios que separaba á veces una afectuosa sonrisa, aquel rostro con perfiles suaves y graciosos, podía cualquiera asegurar que habia sido bella, y dudar si aquel misterioso recato y lánguida ternura no ocultaban una de esas pasiones mal ahogadas que lastiman el corazon, uno de esos tristísimos desengaños, ó tenaces y profundos recuerdos que borra el tiempo con tanta lentitud, si los borra alguna vez. Pero, siempre que intentaba Carlos recordarles los dias ya pasados, la amargura se pintaba en su rostro y clavaba sus ojos arrasados en lágrimas en el jóven que se arrepentia de su curiosidad. Hubiera podido, por conducto de sus amigos, saber algo de la vida pasada de aquella muger; pero un sentimiento de delicadeza le impedia recurrir á este medio indirecto para saber lo que deseaba ocultarle su bienhechora.

Por lo demás, Carlos era feliz, siendo acogido cada vez con mas efusion y amor, buscando aquella muger singular medios ingeniosos de cuidar de las necesidades y aun caprichos de su amigo, á quien decia, cuando este se negaba á recibir sus dones: «Tomad, Carlos, tomad; mas os debo yo á vos que vos á mí: os debo una ilusion que es casi una felicidad. Dios, sin duda, es quien nos ha reunido, dándoos á vos una tutela desinteresada, y á mí un poco de alegría en mis pesares.»

Un dia que Carlos se obstinaba en rehusar, con mas empeño que de costumbre, le dijo la tendera, con tono medio risueño, medio grave: «No soy tan desinteresada como creéis; tengo que pedirnos una gracia...» después, no atreviéndose á continuar: «Oh! no, no me atreveré jamás: es una locura que no entenderiais, y que tal vez me haria parecer ridícula á vuestros ojos.»

—No, hablad, contestó el estudiante, hablad; respeto ciegamente vuestra voluntad, y jamás daré á lo que de vos me venga, sino una interpretacion razonable.

—Pues bueno... querria, pero es una niñada que va á pareceros estraña; quisiera que viniérais un dia con un frac verde como se llevaban hace veinte años, con botones de metal y un chaleco de terciopelo azul. Ese traje no es ya de moda y se reirian de vos vuestros compañeros; mas, ¡qué grande satisfacion seria para vuestra amiga el veros así!

—Sí, contestó Carlos con el acento mismo que usara para anunciar una resolucion heróica; vendré á veros de ese modo no una vez sola, sino siempre, si así lo deseais.

El sastré á quien al estudiante encargó este traje, halló estraño el gusto; pero por no desperdiciar esta ocasion de ganar, que fuera gran crimen para un holandés, entregó su obra en el dia señalado.

Al siguiente domingo no faltó Carlos con su caprichoso traje á su convite semanal, aunque no logró llegar á casa de la tendera sin llamar antes la atencion de cuantos le vieron cruzar las calles, que unos lo tuvieron por loco y otros por bufo. Pero él no

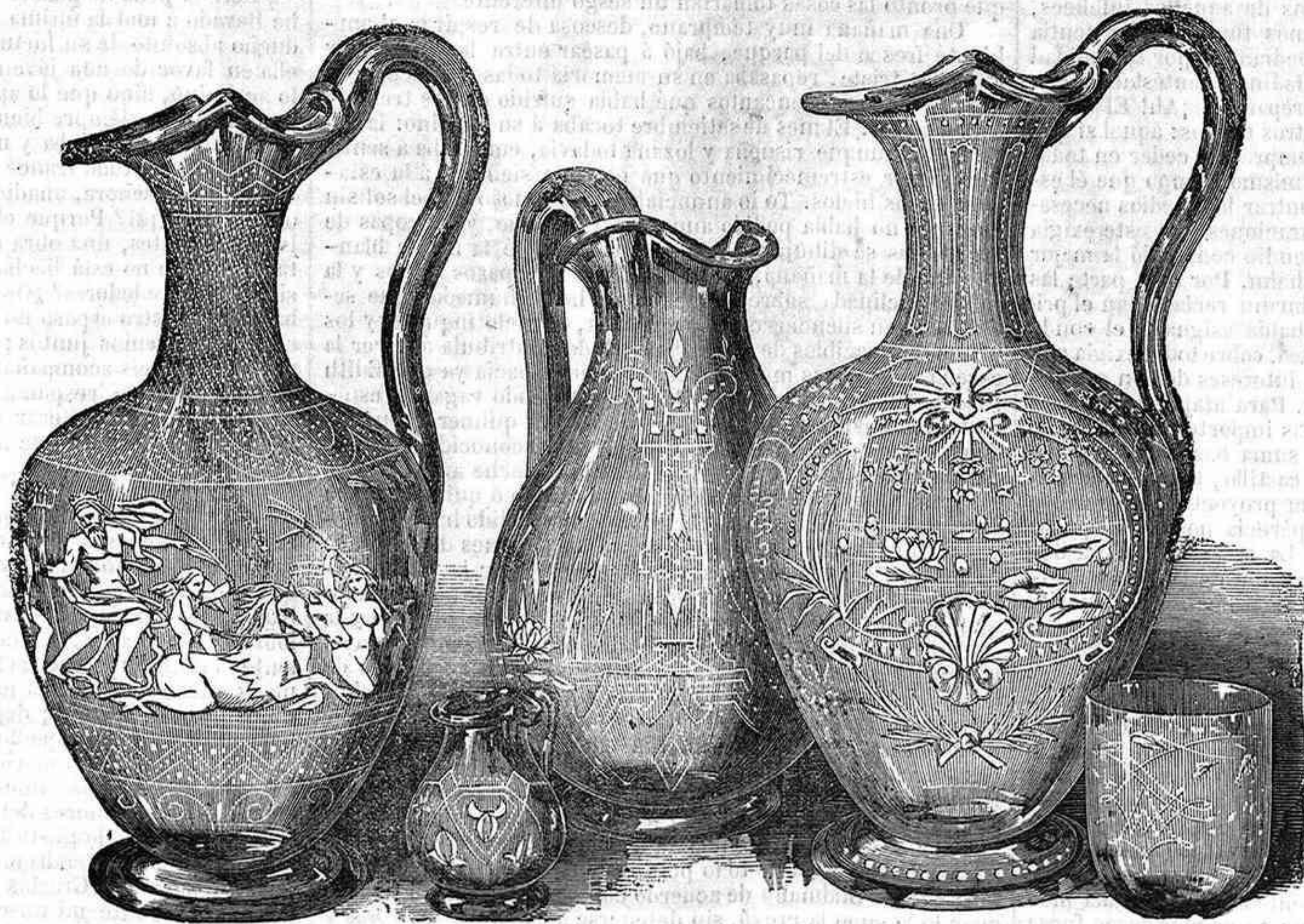


Vasos y puertas de malaquita.

se cuidó de tamañas pequeñeces, ocupado tan solo de la felicidad que experimentaba, cumpliendo los menores caprichos de su bienhechora. Al verlo esta entrar por la puerta de su gabinete, lanzó un grito mirándolo de piés á cabeza con solícita atencion, y volviéndolo á mirar cada vez con mayor gozo

los que mas agradaban á su ardiente y viva imaginacion. Podia dejarle yo una fortuna considerable, pues no soy de las mas pobres de Utrecht; pero no le bastaba la fortuna que da el dinero, queria gloria, la gloria de los riesgos, de las atrevidas empresas, de los inciertos descubrimientos, la gloria de Hont-

man, de Heemskerk, de esos valerosos viajeros holandeses. ¡Cuántas veces, viéndolo tan afanoso de volar sobre las olas del Océano, le decia yo como la triste madre de que habla el poeta de Frisia, Gijbert Japik: «Carlos, Carlos, ¿por qué quieres dejarme? ¿Es tan pequeña la ciudad que te vió nacer, tan triste la casa que te cobija, tan duro el corazon de tu madre, que no puedes hallar en la anchura de la ciudad, en los goces del hogar materno, en la ternura sin límites que cuidó de tu infancia, alimento bastante para tu alma y tu imaginacion?» Su padre habia muerto y mis ruegos no bastaron. ¡Este hijo adorado me abandonó! Veinte años hace hoy que cubrí por última vez su rostro con mi llanto en las playas de Amsterdam. Pereció en un naufragio, dijo la madre, después de una ligera pausa; y desde el dia en que recibí tan triste nueva, no he conocido un solo pensamiento de alegría, hasta el dia en que os he visto, y en que entregándome á un error loco, he tratado de confundir la imagen grabada en mi corazon con la que viva veia delante de mí. A veces, ignorando esto, debeis haberme hallado estraño, perdonádmelo. Ahora que lo sabeis todo, concededme un poco de cariño, ya que no por gratitud, al menos por compasion.»



Cristaleria.

y asombro. Después, llevándolo á otra sala inmediata: «Esperad, le dijo, falta todavía algo para que esteis del todo á mi gusto.» Y al mismo tiempo que esto decia, sacó de un armario un pañuelo blanco bordado con primor y lo puso al cuello de Carlos, en vez de su corbata de raso, y mirando, prorumpió en exclamaciones de asombro: «¡Oh Dios mio, Dios mio!» y estrechando las manos del jóven contra su corazon, lo contempló conmovida, con el corazon agitado y sin poder decir ni una sola palabra. Mientras que ambos estaban así, mudos y sin conocer el estudiante el secreto de aquella escena, entró en el cuarto una amiga de la casa, y al ver á Carlos exclamó sin poderse reprimir: «¡Jesus María, es Carlos! el mismo Carlos!» Al escuchar esta palabra mágica, la Teederhart no pudo evitar una exclamacion de dolor, y cubriendo el rostro con sus manos huyó á otra pieza.—Es Carlos, dijo la amiga mirando con mas atencion al que en efecto se llamaba así. Válgame el cielo, continuó, ¿háse jamás visto semejanza mayor?—Pero ¿quién es, dijo el estudiante, ese Carlos de quien habláis?—¿Qué! ¿no lo sabeis? el hijo de mi amiga, el hijo adorado que llora. Y acercándose al cuadro cubierto con un crespon negro que ocupaba el testero de la sala, descorrió el velo, y pudo Carlos ver un jóven vestido como él estaba entonces, y tan parecido á él, que ningun pintor hubiese podido hacer su retrato con exactitud mayor, ni habria espejo que mejor reprodujese las facciones de su rostro.—Oh! ¡pobre muger! exclamó Carlos; desgraciada madre! Ahora comprendo todo lo que ha padecido, todas las alegrías falaces y crueles pesares que debe haberle causado mi presencia.

En el momento mismo volvió la Teederhart, pálida y demudada, con señales en los párpados de que habia llorado. «Querida Teresa, dijo á su amiga, volved mañana y dejadme ahora entregada á mis recuerdos.» Su amiga la estrechó la mano silenciosamente y desapareció. La pobre madre se sentó abatida y con dolor, y tomando la mano de Carlos, al propio tiempo que miraba el retrato, le dijo: «Ya lo sabeis todo por fin; ya sabeis por qué he estado tan vivamente conmovida al veros por casualidad pasar un dia por delante de mi casa, por qué he deseado veros mas á menudo, y por qué os amo tanto. Perdonadme si el afecto que os he mostrado se dirigia menos á vos que á un recuerdo... No he buscado en vos, debo confesarlo, al principio mas que una semejanza; pero después de haber hallado la de la fisonomía, que bien hubiera podido no producir en mí sino una impresion pasajera, he hallado la del alma y del carácter, que me ha inspirado cada vez mayor indecible sentimiento de ternura y gratitud, como si vos mismo os complacierais en hermosear esta ilusion con todas las dotes del alma. Ay! aquel á quien tanto os parecis, y cuyo nombre, por un estraño acaso, teneis asimismo, era como vos, jóven, bueno y honrado. Por desgracia no era tan juicioso como vos, y se complacia en sueños dorados, llenos de aventuras peligrosas. Esta casa que vos hallais lujosa, le parecia pobre, esta ciudad oscura, este país pequeño; queria volar por el espacio y tentar cosas grandes. Los mas distantes viajes, los mas arriesgados planes eran

Y como Carlos conmovido tardase en contestar:—Oh! decidme, esclamo de nuevo, decidme al menos que no dejaré de veros, que no me abandonaréis como Carlos, con riesgo de vuestra vida. Os lo ruego, no solo por mí, sino por vuestra madre infeliz. Ay! ¡si supierais cuánto cuesta al corazón de las desdichadas madres ver á sus hijos que parten para lejanas tierras, y de saber que se mecen sobre las olas cuando muge el viento y está sombrío el cielo!

—No, contestó Carlos, no tengais esas ideas de vuestro Carlos; no quiero mas dicha que la que poseo. Permaneceré toda mi vida cerca de vos y de mis padres; seré, con la ayuda de Dios, regular abogado, pacífico ciudadano de Utrecht, buen padre de familia, pasaré el día estudiando, y la noche fumando mi pipa al lado de la estufa: ese es el porvenir que deseo.

—Bendito seas, profirió la madre, ¿por qué no tenia Carlos esas ideas de paz y goce doméstico? lo veria ahora á mi lado y seria la mas feliz de las mujeres. Pero al menos vos no me abandonaréis; vos que le asemejais tanto, y que el cielo me envía como último rayo de consuelo.

Desde este momento estrecháronse como era natural mas y mas los lazos que unian á Carlos y la Teederhart. Veíanse no una sino varias veces cada día, y el jóven desde que habia penetrado el secreto de tan agudo dolor, experimentaba un placer vivo al imaginarse que su presencia podia suavizar ó suspender la amargura de la pobre madre, la cual, por su parte, buscaba cuantos medios le sugeria su amoroso cariño para adivinar los deseos y satisfacer los caprichos de su protegido.

Hubiera dicho cualquiera que aquella nueva madre, á fuerza de esmero y atenciones, queria cuidar de que aquel nuevo hijo no fuese arrancado á su amor por el huracan de las pasiones.

Pasáronse así varios años. Los que al principio no consideraban á la tendera de otro modo que como una muger extravagante, se conmovieron al saber lo que habia padecido, y los amigos de Carlos, que tanto se habian burlado de sus relaciones, se arrepintieron de tan mal juicio. Los padres del estudiante fuéron á Utrecht, tan solo por ver á aquella muger cariñosa.

—Dejadme á vuestro Carlos, les dijo, es mi hijo adoptivo; mi corazón lo adopta; ¡triste de mí! Dejadme morir en sus brazos, y cuando esto, que no puede tardar, suceda, Carlos volverá á ser vuestro.

Murió en breve la desconsolada y tiernísima madre, después de bendecir á Carlos y dejarlo heredero universal de su importante fortuna. Tan solo dejó una fundación de 200 florines anuales, perpetuamente, para la madre de un jóven de veinte años muerto en un naufragio.

Carlos se casó al cabo de algunos años, y fué abogado en Utrecht: su hijo primogénito se llamó Carlos; su hija Elvira, como su bienhechora.

El, su muger y sus hijos oraron todos los días de su vida por Elvira Teederhart, la mas tierna de las madres.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

UNA HERENCIA.

VI.

Después de haber examinado cuidadosamente los papeles, que le habia dejado maese Wolfgang, Muller, á pesar de la evidencia, á pesar de la legitimidad de los derechos sostenidos por la familia de Hildesheim, persistia en su primera resolución. Quería á todo trance renunciar y cortar toda discusión, abandonando el litigio. En consecuencia iba á mandar venir al castillo á maese Wolfgang para intimarle de una manera definitiva é irrevocable sus órdenes; mas una serie de acontecimientos imprevistos vino á dar al traste con todos sus proyectos de paz y de concordia. La cosecha habia sido malísima. En lugar de traerle el precio del arriendo, los colonos vinieron á esponer sus quejas y á pedir espera. Muller, en extremo enternecido con los lamentos de aquellos infelices, que en realidad eran unos grandísimos tunantes, se sentia dispuesto á concederles todo lo que pedían. Si por casualidad les hacia alguna objeción, los muy ladinos contestaban con una frase que de antemano traían preparada. ¡Ah! El conde Segismundo no hubiera desoido nuestros ruegos: aquel sí que era un buen amo. Y Muller acababa siempre por ceder en todo. En medio de tantos embarazos, y al mismo tiempo que él estaba devanándose los sesos para encontrar los medios necesarios para hacer en el castillo las reparaciones que este exigía por su mal estado, un horroroso incendio consumió la mejor granja de las pertenencias á Hildesheim. Por otra parte las señoritas Stolzenfels y el mayor Bildmann reclamaban el primer trimestre de la pensión que les habia asignado el conde Segismundo en su testamento. Dorotea, sobre todo, exigía con urgencia los diez mil florines, cuyos intereses debían ser capitalizados hasta la mayoría de Isaac. Para atajar todas estas reclamaciones, que cada día eran mas importunas, Franz se habia decidido á tomar prestada una suma bastante considerable. Apenas estuvo instalado en el castillo, llamó un arquitecto afamado, á fin de encargarle un proyecto de mausoleo para el conde Segismundo: todo le parecia poco para pagar dignamente la deuda de su gratitud. La melodía tirolésa debia ser grabada en una lámina de mármol de Paros con caracteres de oro y colocada frente al monumento mortuario. En fin, Edith, á quien Muller ocultaba con cuidado todas sus penas, le apuraba para que hiciese amueblar la habitación que habia ocupado el conde Segismundo, y que los Stolzenfels y los Bildmann habian desbalijado ya. En suma, Franz necesitaba hacerse con veinte mil florines solo para empezar. Habia mas aun: á fuerza de reflexionar habia venido á abrazar de lleno el orgullo y las ridiculas preocupaciones de la casa que heredaba: renunciando al pleito, abandonando el terreno del litigio, ¿no insultaba efectivamente á la memoria del conde Segismundo? ¿No deshonraba el blason de Hildesheim? ¿Qué diría el mayor Bildmann, qué pensarían las señoritas de Stolzenfels y el país entero? Indudablemente Franz no podia menos de entablar el pleito, por mas que su primer deseo fuese el reposo.

Una vez decidido á ello, su existencia sufrió un cambio

esencial. Desde el momento en que quiso examinar severamente la administración de sus estados, empezó á descubrir desórdenes, abusos sin cuento, que la impunidad de muchos años habia fomentado y aun perpetuado. Para cortar el mal por la raíz conoció que necesitaba vigilar por sí mismo la gestión de sus bienes. Los colonos, que en un principio lo habian visto llegar con cierto júbilo, creyendo que iban á habérselas con un artista, con un músico, extraño hasta entonces á todos los deberes que impone una grande propiedad, viéndolo tan activo, tan vigilante, le cobraron la mayor aversión.

Muller lo comprendió así y padecía en estremo. Al cabo de algunas semanas todos sus proyectos de trabajo, todos sus sueños dorados de reputación y fama estaban aplazados indefinidamente. La riqueza le robaba en Hildesheim mucho mas tiempo que sus discípulos en Munich.

Edith por su parte habia tambien sufrido mas de una decepcion. Aquella vida campestre que ella se habia imaginado tan poética, tan dulce, tan fácil: aquellos colonos que debían festejarla y sonreír á su presencia: todas las esperanzas, todas las ilusiones que la habian acariciado durante el viaje de Munich, se habian desvanecido como el humo. En las granjas, en las cabañas solo habia encontrado paisanos sucios y avaros: sus pasos habian sembrado por todas partes la beneficencia, sin recoger mas que ingratitude. Y luego, sin que pudiese darse cuenta á sí mismo de lo que la pasaba, Edith sentia en torno suyo una atmósfera corrompida, deletérea. Los criados, que no ignoraban las odiosas sospechas concebidas y divulgadas por las viejas solteras y los Bildmann, las habian dado crédito con la facilidad propia de la cabeza de sus almas. Edith les daba siempre sus órdenes con la mayor dulzura, sin que jamás pudiese sorprender en el semblante de aquellas gentes una sola espresion afectuosa. Un día se fué con los niños á la fiesta de un pueblecito inmediato: la glacial acogida que allí encontró, las sonrisas irónicas, las miradas desdeñosas, los murmullos equívocos que circulaban en derredor de ella, todo vino á turbarla de una manera muy seria. Volvió pues á casa confundida, humillada, haciendo vanos esfuerzos para averiguar qué ofensa la hacia ruborizarse, qué herida la habia sufrido. Mas perspicaz que Muller, no se habia equivocado un solo instante sobre el carácter y las disposiciones de los Bildmann y los Stolzenfels. Estos no habian venido una sola vez al castillo; y Franz habia por fin llegado á comprender que la discrecion llevada á este punto podia muy bien pasar por desaire. Igual suerte habia cabido á algunas visitas que Muller habia hecho á la aristocracia de las cercanías. Muller lo veía con la mayor y acaso mas sincera indiferencia. Nuestra felicidad, decia con razon, no necesita de nadie, y pasa perfectamente sin los Stolzenfels y sin los Bildmann. Lo mismo pensaba Edith; sin embargo, por mas que no echase de menos una sociedad que tan pocos atractivos la ofrecía, no podía menos de sentir el ultraje, y de comprender su aislamiento. El lujo que la rodeaba, los caballos que abundaban en sus caballerizas; los carruajes que llenaban sus cocheras, aquellos vastos salones magníficamente amueblados ya para siempre desiertos, toda aquella opulencia no solo era inútil sino que parecia una burla caustica, sangrienta. Franz, entregado de lleno á sus quehaceres, no tenia un solo momento libre: todo el día estaba fuera de casa; y cuando volvia de noche, era siempre tarde, de mal humor, abrumado de cansancio, y sin mas deseos que el de cenar y acostarse. Adios dulce intimidad, pequeños conciertos, diálogos encantadores que en otro tiempo hacían las delicias de la familia. El alma de Edith rebosaba ternura; su corazón no estaba hecho para la soledad. Hermann y Margarita habian salido ya de la edad que reclama un cuidado asiduo, y todavía no habian entrado en la otra en que los niños empiezan á conocer el precio del cariño y desenvuelven lo que reciben. Por otra parte, Franz, queriendo darse importancia, habia tomado un ayo para su hijo y una dueña para su hija. Castellana de Hildesheim, en medio de un parque casi regio, rodeada de una multitud de criados de todas categorías, dueña absoluta de una propiedad inmensa, Edith vivía devorada por el fastidio y el aburrimiento. Sin embargo, se resignaba á esta vida nueva, esperando que pronto las cosas tomarían un sesgo diferente.

Una mañana muy temprano, deseosa de respirar el ambiente fresco del parque, bajó á pasear entre los árboles, y allí sola, triste, repasaba en su memoria todas las decepciones, todos los desencantos que habia sufrido en los tres últimos meses. El mes de setiembre tocaba á su término: la naturaleza, aunque risueña y lozana todavía, empezaba á sentir ese primer estremecimiento que precede siempre á la estación de los hielos. Todo anunciaba un hermoso día: el sol sin embargo no habia podido aun disipar el rocío, y las copas de los árboles se dibujaban confusamente entre la niebla blanquecina de la mañana. Edith discurría con pasos lentos y la cabeza inclinada sobre el pecho: las hojas húmedas que se desprendían silenciosas de los árboles, el vuelo inquieto y los gritos desapacibles de los pájaros, todo contribuía á hacer la escena mas y mas melancólica. Una hora hacia ya que Edith paseaba absorta en sus cavilaciones, dejando vagar su espíritu de fantasía en fantasía, de quimera en quimera, cuando de repente ve á poca distancia un jóven desconocido. Era Federico de Stolzenfels que habia llegado la noche antes.

Detenido por las exigencias de su estado ó quizá de algun servicio extraordinario, Federico no habia podido hasta entonces aprovecharse de las generosas disposiciones de su noble pariente. Por otra parte, sin dejar de respetar la última voluntad del difunto, no tenia prisa de volver á ver unos estados que debían haberle pertenecido. Al través del abandono y la indiferencia de su carácter no podia pensar sin disgusto en la familia del músico, y francamente no ardía en deseos de conocerla. Además, Ulrica y Eduvigis habian perdido muchos atractivos para el jóven oficial desde que habian dejado de ser las soberanas de Hildesheim. Sin embargo, Federico sentia desvanecerse su repugnancia, á medida que disminuían sus recursos; y cuando su bolsa llegó á encontrarse completamente vacía, se decidió, como por ensalmo, á venir al lado de sus tías á pasar una licencia de tres meses. Federico al llegar al castillo ignoraba de todo punto la infame calumnia inventada por los Bildmann de acuerdo con las dos solteras; mas cuando la supo la creyó, sin detenerse á examinar las cosas y sin dudar de lo que le decían. Sin embargo, lejos de participar de la indignación en que ardían las santas almas de sus

parientes, usó con los culpables de una elocuencia mas que evangélica.

—¡Gracias á Dios! dijo: desde este momento queda completamente rehabilitada en mi corazón la memoria del conde Segismundo. ¡Qué diablo! Ya me parecia á mí que hubiera sido el colmo de la ridiculez, dejarse despojar por una canción tirolésa. Mas supuesto que las cosas han sucedido de otro modo, no hay nada que decir. Siento mucho ahora no haber sido mas afectuoso, mas espresivo para con él; pero, ya se ve, me ocultaba con tanto cuidado la verdad... Si hubiera sido mas franco, hubiéramos viajado juntos. Y vamos á ver: supongo que la heredera es jóven y bonita ¿Eh?

—Ya juzgareis vos mismo, replicó Ulrica cambiando con Eduvigis una mirada significativa: su belleza y su juventud nos cuestan demasiado caras para que podamos hablar de ellas con imparcialidad.

—Si es jóven y bella, repuso Federico, ¡honor y gloria al conde Segismundo, reparación á su memoria, y que su sombra me perdone de no haber sabido conocerlo cuando vivía!

Al oír estas palabras Ulrica y Eduvigis cambiaron una segunda mirada: aquellas dos almas nobles y elevadas se habian comprendido ya. Por lo que hace á Federico, la idea sola de que el techo de Hildesheim cobijaba una jóven linda de virtud poco esquiva le hacia perder el juicio. Habitado á las conquistas fáciles, desheredado por un capricho, como el resto de la familia, creía de buena guerra sacar la revancha, y ampliar los derechos que le concedía el testamento, cazando á su antojo en las tierras del conde Segismundo.

Al día siguiente Federico, que se vió en presencia de Edith cuando menos lo esperaba, tuvo tentación de acercarse á ella sin pararse en miramientos inútiles; pero contenido por el aire modesto de la castellana, aunque en su interior creía estar viendo á la querida del conde Segismundo, se sintió involuntariamente turbado y la saludó con la deferencia mas respetuosa. Edith detuvo sus pasos, dudando continuar y retroceder; pues aunque se habia enterado del testamento, jamás Federico se le habia venido á las mientes. Así es que lijaba su penetrante mirada en aquel desconocido con cierta curiosidad mezclada con desconfianza. Envuelta en un elegante traje de mañana, sola por los bosques á aquellas horas, vacilante como la cierva que un ruido siniestro ha venido á espantar, Edith estaba encantadora; y el jóven oficial conoció sin dificultad que su primo era hombre de buen gusto.

—Señora, dijo con la mayor urbanidad; sin duda os admirara encontrarme á estas horas en vuestro parque, porque ignorais quién soy. Pues bien, señora; pertenezco á la familia del conde Segismundo de Hildesheim: soy Federico de Stolzenfels, el mas humilde de vuestros servidores.

—Ya conozco, caballero, los derechos que os da el testamento del conde; mas aunque así no fuese, mi esposo se hubiera apresurado á concedéroslos iguales.

Dijo, y como si las circunstancias la inquietasen un poco quiso retirarse: mas la calle de árboles donde pasaba la escena era bastante estrecha, y el oficial no estaba dispuesto á dejar libre el paso.

—Señora, dijo él, tened la amabilidad de perdonarme el no haber ido todavía á ponerme á vuestros pies. Desde la muerte del conde el servicio me ha retenido constantemente lejos de Hildesheim; y hasta la semana pasada no me fué dado alcanzar la licencia que ahora aprovecho.

—¿Y por qué os escusais? replicó Edith sonriendo tristemente. En eso de miramientos y atenciones, vuestra familia no ha sido demasiado pródiga con nosotros. Vos al menos nada nos debeis; y con franqueza, encontraria muy natural que abrigaseis un poco de rencor.

—¡Yo rencoroso, señora! Ayer acaso sí, y aun esta mañana; pero ahora es todo lo contrario. Ignoro cuáles sean para con vos los sentimientos de mis tías, del mayor Bildmann y de la muy venerable Dorotea. Si mis tías han faltado algo á la urbanidad, estoy muy lejos aprobar su conducta. Son dos solteras de antigua data, y es preciso ser un poco indulgente con el mal humor del celibato. En cuanto al mayor, no es mas que un gañan: su muger es una vieja grulla; y creedme, señora, la enemistad de semejante familia no vale siquiera la pena de pensar en ella. Por lo que á mí toca, jamás he llevado á mal la última voluntad del conde Segismundo: dueño absoluto de su fortuna, hizo muy bien disponiendo de ella en favor de una jóven y graciosa castellana. No solo no lo acrimino, sino que lo apruebo y se lo agradezco. Una cara bonita parece siempre bien en todas partes.

Edith se sonrojaba y no respondia una palabra; pero Federico, que á todo trance queria continuar la conversacion:

—Y bien, señora, añadió, ¿en qué pasais el tiempo? ¿Cómo os divertís aquí? Porque el castillo de Hildesheim es, según los inteligentes, una obra maestra de arquitectura; pero ciertamente que no está hecho para inspirar alegría. ¿Habeis visitado los alrededores? ¿Os gusta la caza y las carreras de caballos? ¿Vuestro esposo no es de carácter jovial? Si consiente en ello cazaremos juntos; y yo espero, señora, que alguna vez os dignareis acompañarnos.

—Hasta ahora, respondió Edith, nadie ha venido al castillo; nadie ha venido á alterar con su presencia nuestra soledad. ¿Cómo quereis pues que me divierta, cuando todo el mundo se aleja de mí?

—¡Vaya una desgracia! dijo Federico riendo á carcajadas. Efectivamente es una gran calamidad que esos hidalguelos, infatuados con sus pergaminos, no os inviten á participar del fastidio en que viven y de la miseria que los rodea! Y es que ignorais que el mayor obsequio que esas gentes pueden hacer á los demás, es no ver á nadie y encerrarse en sus palomares. Mis tías, al través de sus muchos defectos, son excelentes criaturas; pero hablando ingenuamente, su sociedad no es nada divertida. El mayor es una verdadera cuba de vino. Creedme, señora; dejadme obrar, y vuestra existencia habrá cambiado de aspecto dentro de poco. Hoy mismo quiero conocer á vuestro marido: juraria desde ahora que hemos de convenirnos mutuamente: si él quiere, yo me encargo de hacerlos los honores del país. El es músico, y yo deliro por la música: si no le gusta la caza, yo le haré ver los placeres que proporciona; tendremos grandes caerías: ¡qué espectáculo tan hermoso! Gracias á Dios, la caza abunda en Hildesheim: si durante mi ausencia los corzos y los faisanes no han tenido otra cosa que temer mas que la escopeta del mayor, de seguro habrán pasado una vida patriarcalmente so-

segada, y se habrán multiplicado en extremo. ¿Montais á caballo, señora? Si necesitais alguna leccion de equitacion, estoy á vuestras órdenes. Si quereis adiestrar algun alazan y hacerlo mas dócil que un cordero, contad conmigo: tengo dadas pruebas de mi habilidad en la materia. Caballo he domado yo en el regimiento que nadie podia sujetar. Conozco uno en estas caballerizas que aun no tiene cuatro años; pues ya vereis dentro de ocho dias cómo viene á arrodillarse en vuestra presencia, cómo relincha de alegría cuando os vea, cómo comerá en vuestra blanca y delicada mano.

Conversando de este modo ambos continuaban su paseo por el parque. Edith, sin pensar en ello, iba al lado de Federico, y este, sin hacerlo de propósito, acortaba sus pasos y moderaba su marcha por la de Edith. La niebla de la mañana se habia disipado ya, y solo quedaban esos vapores blancos que se adhieren, por decirlo así, á las ramas de los árboles cual si fuesen grandes copos de algodón en rama. El sol triunfante dominaba todo el espacio; y la naturaleza, festiva y risueña, aparecía engalanada como si creyese en la vuelta de la primavera.

(Continuará.)

EL ABAD DE SAN GALL.

Anécdota tomada de una leyenda alemana.

En tiempos antiguos existían un emperador y un abad. El emperador pasaba su vida entera dedicado á los trabajos de la guerra, durmiendo sobre las rocas, espuesto á todos los rigores de las estaciones y á las asechanzas del enemigo, sufriendo el frío, el calor, el hambre y la sed como el último de sus soldados, y comprando al precio de su sangre y de sus sudores la prosperidad de que gozaban sus estados.

El abad, por el contrario, se daba una vida de príncipe.

El emperador, enemigo declarado de la holgazanería, trató de divertirse con el abad, y un dia, seguido de numeroso cortejo, pasó por cerca del monasterio y le divisó paseándose por delante de la puerta. No bien le hubo visto, se acercó y le habló de esta manera: ¿Cómo te va, siervo de Dios? parece que los ayunos y prácticas religiosas no te prueban mal; necesito venir á hacer penitencia contigo. Sé que cumples perfectamente tus obligaciones, pero que al mismo tiempo pasas algunos ratos sin hacer nada, y así, si no te incomodas, no estará de mas que te dé otra ocupacion. Como eres una persona muy inteligente en todo, y como tus conocimientos llegan hasta el punto de saber distinguir en el olor las diferentes especies de vinos, voy á poner á prueba tu sabiduría y hacer te tres preguntas que podrás resolver fácilmente. La primera es la siguiente: cuánto puedo valer sentado en mi trono con toda la majestad de mi rango, adornado con mi corona, manto y cetro. La segunda: en cuánto tiempo puedo dar á caballo la vuelta al mundo. La tercera: que adivines mi pensamiento; pero que este sea al mismo tiempo equivocado. Te concedo un plazo de tres meses para contestarme, y si en dicho término no lo haces, desgraciado de ti! te destituyo de todo y te hago conducir por el reino, montado de espaldas en un asno, y con un cartel sobre ellas.

El emperador, en cuanto acabó de decir esto, se marchó riéndose á mas no poder, y el pobre abad quedó como anonadado. Por la primera vez de su vida la zozobra y la inquietud se habian apoderado de su corazon. Después de haber vuelto un poco de su primer sobresalto, procuró poner los medios para salir de tamaño apuro. Al efecto envió espesos á todas las universidades, academias, institutos y sinagogas, prometiendo grandes recompensas á los doctores, filósofos, astrólogos, alquimistas, teólogos y charlatanes; pero ni las universidades, ni las academias, ni los institutos, ni las sinagogas, ni los doctores, ni los filósofos, ni los astrólogos, ni los alquimistas, ni los teólogos, ni los charlatanes supieron resolver ninguna de las tres preguntas.

Sin embargo, el tiempo corria y el término fatal se acercaba, y el pobre abad, que ni dormia, ni comia, ni bebía, ni aun siquiera hablaba, comenzó á adelgazar extraordinariamente: su barba habia crecido en extremo, su tez estaba descolorida y su frente cubierta de arrugas. La alegría no era ya el patrimonio de sus conversaciones; la sonrisa no brillaba en sus labios, y la esperanza no residia en su corazon; aborrecia toda clase de sociedad, y únicamente encontraba algun placer en la soledad de los bosques. Un dia que abrumado de la tristeza vagaba por el campo dando suspiros sin fin, tropezó con el cabrero del monasterio, quien acercándose á él respetuosamente le dijo:

—Señor abad, ¿qué tiene su reverencia? Su reverencia no es el mismo que antes, y cada dia se va quedando mas delgado. Oh! estoy seguro de que le ha sucedido alguna cosa particular.

—Ah mi buen Percio! respondió el abad; figúrate que el emperador ha jurado mi muerte. Tengo que contestarle á tres preguntas que me ha hecho, y ni el mismo diablo podria resolverlas acertadamente.

—Decídmelas si os place, señor abad; tengo curiosidad de saberlas.

—Oye. Es preciso que le diga, primero, cuánto puede valer sentado en su trono, adornado de su corona y cetro; segundo, en cuánto tiempo puede dar la vuelta al mundo á caballo; y tercero, que le adivine su pensamiento, que debe ser equivocado.

—¿No es mas que esto? dijo Percio; pues dejadme á mí, que yo os sacaré del apuro: prestadme vuestra sotana, vuestra capilla y vuestra cruz de oro, y yo me encargo de dar al emperador las respuestas que desea.

El abad, loco de alegría, le abrazó llamándole su mejor amigo, su ángel guardian, y hasta su salvador. Percio se vistió en seguida los hábitos del monje y se presentó al emperador, quien estaba sentado en su trono con la corona puesta y un cetro en la mano.

—Vamos, señor abad, dijo este, contestadme á la primera pregunta.

—Nuestro señor Jesucristo fué vendido por treinta dineros, dijo Percio, y por mucho que sea el mérito de V. M. no puede pretender valer tanto; así pues la tasa en veintinueve dineros; y creo que la vanidad de V. M. no se dará por sentida.

—Hem, dijo el emperador; la razon no puede ser mejor, y rebaja en gran manera mi orgullo; no hubiera podido creer que fuera capaz de humillarme como lo ha hecho. Pero ahora me dirás: ¿en cuánto tiempo puedo dar la vuelta al mundo á caballo?

—V. M. no tiene mas que montar á caballo sobre el sol, y apuesto mi cruz y mi abadia á que hará el viaje en veinticuatro horas.

—Ah, dijo el emperador, no está mal contestado. Pero pasemos á la tercera, y cuidadito, que si no me contestas pronto, te condeno al paseo sobre el asno. ¿Qué cosa estoy pensando en este momento que pueda ser un error?

—V. M. piensa que soy el abate de San Gall.

—En efecto, contestó, es verdad.

—Perdonad, señor, pero V. M. está en un error. ¿Yo no soy el abad de San Gall?

—¿Qué me dices?

—Soy su cabrero.

—Y bien! si tú no eres el abad, lo serás en adelante, puesto que lo mereces mejor que tu amo, el cual irá á pasearse en el asno. De este modo aprenderá á pasar una vida menos ociosa y á no deshonrar su clase.

—Por favor os pido que vuestra burla no llegue hasta ese caso. Yo no sé leer ni escribir, y soy ya demasiado viejo para estudiar! Dejad que me llamen Percio como hasta ahora.

—Es una lástima, dijo el emperador; tú eres digno de mejor suerte; pero al menos pídemela alguna gracia, por la cual pueda probarte la satisfaccion que acabo de recibir.

—El solo favor que quiero es que V. M. perdone á mi amo.

—Vive Dios que te admiro! dijo el emperador: tienes un corazon tan generoso como despejado es tu entendimiento. Concedo el perdón á tu amo; pero con la condicion de que te ha de dar una pensión vitalicia, y de que has de vivir y comer á sus expensas. Si él usurpa el lugar que te pertenece, justo es que te dé una indemnizacion.

Gustos gastronómicos de algunos personajes célebres.

Pablo I, Emperador de Rusia, era muy aficionado á los pasteles de hígado de ganso. Perdonó á un desterrado que habia descubierto el medio de enviarle de Tolosa cada semana uno de dichos pasteles, cuya frescura nada se alteraba con el viaje.

Klopstock, el autor de la *Mesiada*, muerto en 1803, es digno de figurar entre los gastrónomos alemanes. Comia con predileccion pasteles con criadillas de tierra, salmon y trucha salmónada, y todo esto lo acompañaba con excelente vino del Rin. En sus últimos años le agradaba mas una botella de vino de Burdeos. Entre las legumbres prefirió los guisantes secos; mas en los postres las uvas eran su pasion favorita.

Kant, el príncipe de los filósofos alemanes, muerto en 1804, no era tan delicado en sus gustos: constituia sus delicias un puré de lentejas, preparado con tocino; puding de tocino á la pomerania; puding de guisantes con piés de puerco, y frutas secas al horno. Para mejor regalarse con estos tres manjares, invertia tres horas. Kant se sentaba á la mesa á la una, y dando á este asunto una aplicacion verdaderamente filosófica, jamás se levantaba antes de las cuatro.

IDILIOS DE GESNER.

EL PRIMER NAVEGANTE.—AREMIRP ETRAP.

(Conclusion.)

Al resplandor de los primeros rayos matinales, que reflejaba en las tranquilas olas, el jóven distinguía con mas claridad que de costumbre la solitaria isla; en la orilla resonaba el canto armonioso de las aves, y dos palomas silvestres revolando en torno parecían enseñarle el camino de la deseada costa: un viento suave agitaba las frondosas ramas de los árboles vecinos, y en el dilatado Océano y en la floresta umbría reinaba la calma y el silencio, como en aquel dia en que Venus Citerea radiante de hermosura salió por la vez primera de las islas, llevando tras sí la admiracion del cielo y la tierra.

El jóven, en cuyo corazon habia infundido el dios alado nuevo amor y ardimiento, se colocó de un salto dentro del ligero batel. «Neptuno, exclamó, préstame tu ayuda en la arriesgada empresa que he acometido; ni la ambicion ni el orgullo brotan en mi seno: solo siente mi alma el mas puro amor que los dioses pudieran inspirar. Haz que pueda llegar salvo á la opuesta orilla, y no me abandones, misterioso poder que diriges mi destino.»

Mientras así se espesaba, Cupido tocó con su mano la barquilla, en medio de la cual no tardó en aparecer un árbol frondoso, cuyo tronco estaba ceñido de una guirnalda de flores; los céfiros vagando en torno de ella iban lentamente separando las olas. Con estremado placer conoció el jóven que un dios le protegía, y con todas sus fuerzas daba empuje al frágil leño. De lejanas playas y desde el fondo del abismo vinieron los tritones y las hijas de Nereo á formarse en ancho círculo alrededor del batel, teniendo fijas sus miradas en el atrevido mortal que por primera vez se aventuraba á desafiar el terrible elemento.

«Oh! que sea feliz tu viaje, intrépido mancebo, y pueda de esta manera recompensarte Cupido que te inspiró tan tierno afecto y tan atrevido designio. Amor, no le abandones: y vosotras, azules costas, recibidle y dadle entre vuestras sombras un seguro asilo. Nosotras penetramos por entre el denso velo del porvenir; ya nos parece estar viendo al Océano cubierto de bajeles; y así las naciones diferentes en costumbres y en idioma hallarán los medios de comunicarse y cambiar sus tesoros; así el marinero desafiará la tormenta amenazadora cuando el cielo y los mares reinan airados.»

Cantaban de esta manera las ninfas, en tanto que las deidades marítimas danzaban alrededor de la ligera barquilla.

El jóven proseguía su camino hasta que al fin llegó á la opuesta playa, y después de entonar un himno de gracias á los dioses que le habian protegido, se internó en los solitarios jardines de la isla.

Entre tanto Mélida se hallaba sentada al lado de su madre,

con la cabeza inclinada sobre su nevado seno, y sumergida en tristes pensamientos. Semira llamó su atencion, diciéndola: «En qué estás pensando, hija mia? ¿de qué proviene esa tristeza que de continuo veo retratada en tu semblante?»

Mélida respondió sin poder contener las lágrimas que asomaban á sus párpados: «No sabré decírtelo, madre mia, pero es lo cierto que soy muy desgraciada y un peso insoportable abrumba mi corazon.»

—¿Y por qué, replicó la cariñosa madre, por qué te dejas dominar así por los sueños de tu fantasía? ¿Qué te falta para ser feliz? ¿No brotan de tus plantas las mas lozanas flores? Todo lo que siempre has emprendido, ¿no ha satisfecho cumplidamente tus deseos? Los árboles que rodean esta cabaña, ¿no son los mas bellos y frondosos que jamás se han visto en estas riberas? Las ovejas al multiplicarse, ¿no recompensan los afanes y cuidados que les consagras?»

—Sí, respondia Mélida anegada en llanto; hubo un tiempo en que todo lo que me rodeaba me hacia experimentar un placer, pero ya aquel tiempo pasó: esta apacible calma de la noche solo sirve para aumentar mi tristeza, y han perdido ya para mí su atractivo las flores cuyo suave perfume embriagaba antes mis sentidos. Cuando miro á los pájaros mecerse en las ramas de los árboles diciéndose sus amorosas querellas, cuando veo á las ovejas descansar tranquilamente sobre la verde alfombra, no puedo contener el ardiente impulso que siento brotar en lo mas profundo de mi pecho.

—Oh jóven inesperta! exclamó Semira interrumpiéndola, vuelve á gozar de tus antiguos placeres. ¿Por qué sacrificas á esos sueños engañosos la tranquilidad de tu vida? ¿Debo quejarme por ventura de que no sea una fértil tierra este dilatado mar que miran mis ojos? ¿No estoy siempre á tu lado? ¿qué mas puedes desear? ¿no tengo consagrado á ti todo el cariño de que es susceptible el corazon de una madre?»

—Oh! sí, respondió Mélida, sí, adorada madre mia, pero yo advierto que te domina la misma tristeza; si aquí existieran otros seres de nuestra misma especie, ellos podrian mitigar nuestro dolor, y si bien mi corazon te ama con delirio, conozco que suspira por algun otro objeto á quien poder consagrar tambien sus afecciones.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando levantó los ojos y exclamó llena de la mas fuerte conmocion: —«Oh! dioses, ¿qué es lo que miro? y quedé inmóvil como si hubiera sido petrificada. El jóven se hallaba en el umbral de la cabaña, sin poder ocultar la turbacion de que en aquel instante se hallaba poseído. «Oh cielos! es ella prorumpió al fin, la misma que he visto yo en mis sueños!»

Semira alzó la cabeza y fijó sus ojos en el extranjero. «¿Eres alguna divinidad, le dijo, que te dignas venir á visitar esta humilde choza? ¡Ah! presta oído á nuestras súplicas; pero no: veo retratada en tu semblante la admiracion; no importa; quien quiera que tu seas, recibirás buena acogida en nuestro solitario albergue.»

El jóven respondió: «Os suplico que me deis hospitalidad; no soy ninguna divinidad del Olimpo, sino un mortal igual á vosotras; he afrontado bastantes peligros para llegar hasta aquí, y reclamo vuestra bondad y proteccion.»

Mélida guardaba silencio, pero sin que sus ojos dejaran de examinar detenidamente la bella apostura del mozo, hasta que por último exclamó: —«Los dioses han acogido mis fervientes ruegos, formando para mí esta amable criatura; ven, siéntate á mi lado y permite que toque tus manos y tus rosadas mejillas. Dime ¿con qué fin los dioses te crearon? ¿qué eras tú antes de tomar la forma, bajo la cual apareces ahora á mis ojos? y al decir esto estrechaba contra su corazon una de las manos del jóven. Este suspirando exclamaba: —«Oh amada mia! ¿me permitirás de que te dé este nombre?—Sí, siempre, le interrumpió Mélida, te escucho con tal placer, soy tan feliz que me faltan palabras con que espresar mi ventura; todos mis deseos se han cumplido. Mira cómo late mi corazon, cómo tiembla mi mano!—Oh qué dichoso soy! contestó el jóven llevando á sus labios la mano de la doncella; hace mucho tiempo que te tengo consagrado todo mi cariño. ¡Oh qué próspero ha sido mi peligroso viaje y cuán dulce el premio de mi atrevida empresa!»

Cada palabra que pronunciaba, añadió Mélida, llega al fondo de mi alma, y derrama en ella un placer que jamás he experimentado; pero dime, ¿te quedarás aquí para siempre? ¿Dividirás conmigo las penas y los placeres?»

—¿Cómo podria yo nunca abandonarte, si no conozco otra dicha que la que tu presencia puede proporcionarme!

Semira les interrumpió diciéndoles: —«Recobrémonos de nuestra sorpresa; sentaos á mi lado, hijos míos, y tú, bello jóven, en quien supongo que ni la mas leve intencion siniestra habria dirigido sus pasos hasta aquí, dime de dónde bienes y cómo lograste llegar á esta solitaria isla?»

El jóven, teniendo amorosamente estrechadas las manos de Mélida entre las suyas, dió principio á su narracion. Contó cómo un dios le habia presentado entre sueños la bella imagen de Mélida, que desde entonces adoraba; cuántos tormentos habia sufrido al fijar su vista en el estenso mar que de ella le separaba, y cómo en fin, después de haber construido una ligera barquilla, se aventuró á atravesar el borrascoso Océano, y habia con el favor de los dioses llegado felizmente á la opuesta orilla.

Con gran asombro le escucharon Mélida y Semira, y esta última exclamó: —«Los cielos te inspiraron el atrevido designio de desafiar por nosotras las olas y los vientos; yo quiero, en prueba de mi profundo agradecimiento, ofrecerte el mayor sacrificio que se puede exigir de mí.»

—Con que hay, añadió Mélida, otra tierra y otros seres humanos? Así yo siempre lo he creído, aunque mi madre formaba el mayor empeño en ocultármelo. Ah! no me abandones, permanece á mi lado, sé mio, enteramente mio; no podria nunca sufrir que dividieses con otra persona el amor que me profesas. Ahora bien, dime, ¿en qué consiste que tú tienes distinta alma que yo, que tu voz no es igual, y que tus mejillas no tienen la misma tersura que las mías?»

—Porque yo soy un hombre, respondió el jóven, y tú eres una muger.

—Un hombre! repuso Mélida; todo lo que dice me parece extraordinario; pero á pesar de esto, creo que nunca podré amarte mas de lo que te amo. Oh! cuántas cosas me tenia ocultas mi madre!

Semira se sonrió y le dijo que fuese á coger algunas de las

mejores frutas para la cena; Mérida la obedeció, acompañada del joven, y durante el camino se entretuvieron en dulces coloquios de amor. Al acercarse á la orilla del mar, «Ves, la dijo aquel, ese despreciable leño? pues dentro de él he desafiado el empuje de las olas para venir á tus brazos.»—¡Oh prodigiosa invención! contestó la doncella; fué el amor quien te inspiró ese pensamiento? ¡Ah! querido amigo, ¿cómo podré recompensarte? No me abandones nunca, te lo suplico; confío en que vivirás siempre á mi lado, porque si alguna vez intentaras separarte de mí, las olas, airadas al escuchar mis sentidas quejas, te volverían á arrojar entre mis brazos.

—¡Oh amada mía! repuso el joven, besando las lágrimas que resbalaban por sus mejillas: desecha esas sospechas que son injustas, y sepúltneme las olas en los abismos mas profundos del Océano si llego solo á concebir ese fatal pensamiento.

¿Cómo podré abandonar ni un instante á la mas querida de todas las mugeres, á aquella en quien tengo cifrada la felicidad de mi vida entera? Quiero en estas costas, bendecidas por el cielo, elevar dos altares, á la encantadora Venus el uno, y el otro á su poderoso hijo, por la proteccion que me han dispensado en mi atrevida empresa.

Recogieron las frutas y volviéronse á la cabaña. Con el tiempo sus descendientes hicieron que adelantara el arte de la navegación, y levantaron en aquellas costas una bella ciudad, á que dieron el nombre de Citera.

LA CORONA DE HUNGRIA.

Nos han comunicado algunos detalles interesantes sobre las aventuras de esa famosa corona de Hungría regalada el año 1001 por el papa Silvestre II á S. Estéban, perdida muchas veces, y por último ocultada ó llevada por Kossuth durante los últimos acontecimientos.

En el momento en que escribo estas líneas, hace algunos dias que el emperador ha hecho su entrada triunfal en Viena. Sin detenerme á bosquejar todos los detalles de la última escursión de S. M. á través de la Hungría, que se puede decir conquistada de nuevo á la corona, y á falta de la descripción de las espléndidas fiestas que le ha dado su capital, publicadas en todos los diarios, debo señalar la ovacion que se ha hecho al joven monarca en Presburgo, en esa ciudad donde desde tiempo inmemorial se ha verificado la coronación de los reyes de Hungría. Hacia ya algunos dias que toda la nobleza magyar residente en Viena se había trasladado á Presburgo para recibir á S. M. y aumentar su séquito á su entrada en su capital. Presburgo en otro tiempo estaba habitada á no saludar á su rey sino después de haber visto verificarse en su seno la ceremonia de la coronación, conforme al rito histórico de S. Estéban, y la dignidad real simbolizada, por decirlo así, por el manto, la espada y la corona del santo rey; pero hoy no era indispensable todo esto, y el mas bello símbolo de la dignidad y del poder real se ha manifestado en miles de corazones, que volaban al encuentro del joven soberano.

Creo que esta vez nadie ha pensado en la pérdida de la corona de S. Estéban, y que si se ha pensado, era para decir que muy bien se podía pasar sin ella. Por lo demás, esa corona ha tenido desde que existe aventuras tan singulares, y ha dado lugar á tantas intrigas, que quizás no carezca de interés la relacion siguiente.

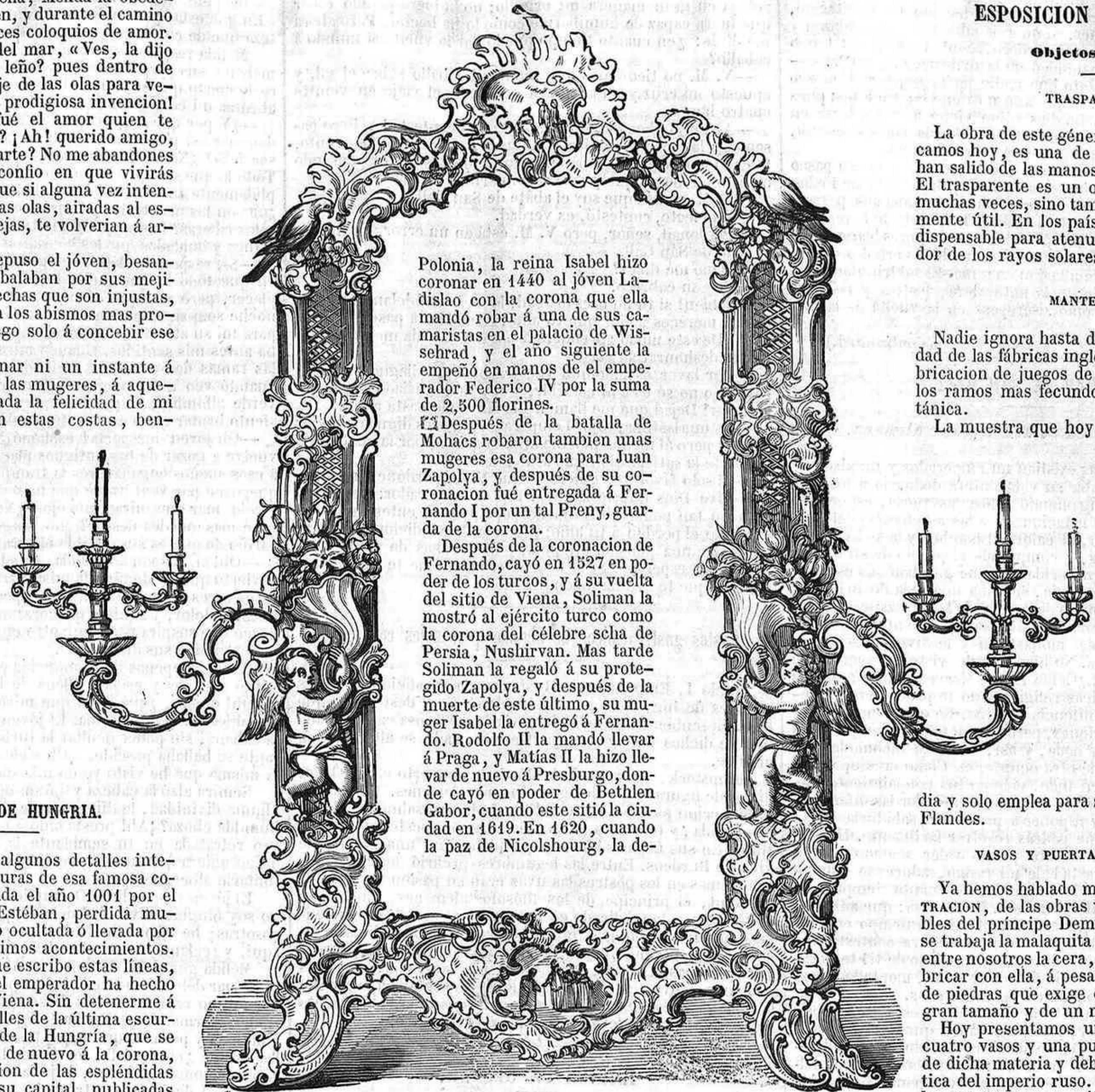
Esa corona fué regalada en 1001 por el papa Silvestre II á S. Estéban para su coronación, que se verificó el 15 de agosto del mismo año. El 1072 el duque Geysa recibió del emperador griego una real diadema que en la coronación del duque se reunió á la antigua corona, de suerte que la antigua corona de Hungría se componió de dos. Cuando se estinguió la raza de los Arpades tuvo lugar en Hungría una doble elección en favor de Roberto de Anjou y de Wenceslao de Bohemia; la corona fué llevada por fuerza de Buda á Praga; pero mas tarde volvió á poder de Othon de Baviera, que debia ser rey de Hungría. Este, pasando de incógnito á Buda, perdió durante la noche la corona, que iba oculta en un barril, suspendido del arzon de la silla de uno de los que le acompañaban; pero fué hallada al dia siguiente.

Cuando Othon fué hecho prisionero en 1307 por Ladislao Wogewode de Transilvania, la corona fué tambien á este país. Después de la muerte de Alberto IV, habiéndose hecho una doble elección (1439) en favor de Ladislao, hijo póstumo de ese príncipe, y de Wadislao de

Polonia, la reina Isabel hizo coronar en 1440 al joven Ladislao con la corona que ella mandó robar á una de sus camaristas en el palacio de Wissehrad, y el año siguiente la empuñó en manos de el emperador Federico IV por la suma de 2,500 florines.

Después de la batalla de Mohacs robaron tambien unas mugeres esa corona para Juan Zapolya, y después de su coronación fué entregada á Fernando I por un tal Preny, guarda de la corona.

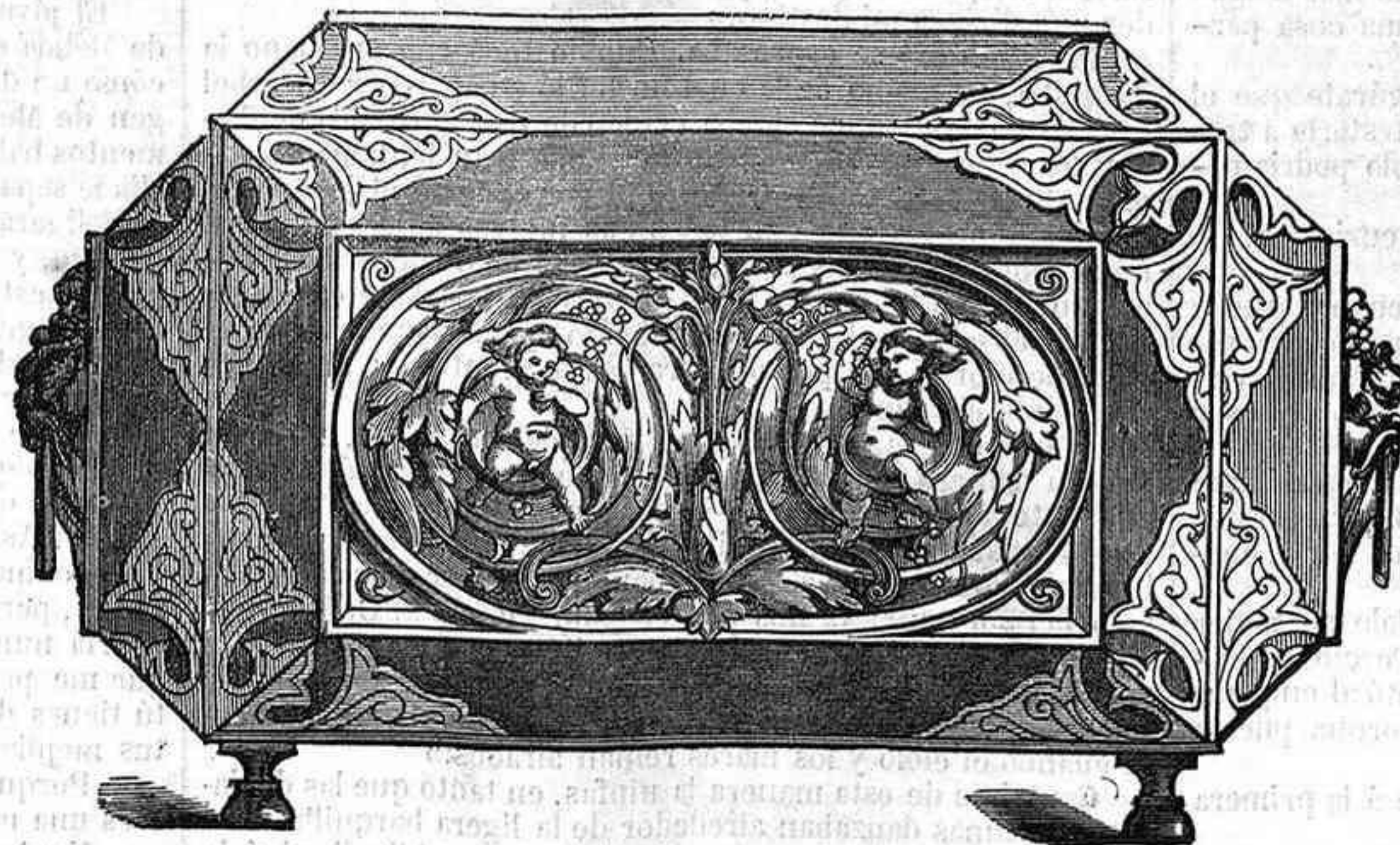
Después de la coronación de Fernando, cayó en 1527 en poder de los turcos, y á su vuelta del sitio de Viena, Soliman la mostró al ejército turco como la corona del célebre sacha de Persia, Nushirvan. Mas tarde Soliman la regaló á su protegido Zapolya, y después de la muerte de este último, su muger Isabel la entregó á Fernando. Rodolfo II la mandó llevar á Praga, y Matías II la hizo llevar de nuevo á Presburgo, donde cayó en poder de Bethlen Gabor, cuando este sitió la ciudad en 1619. En 1620, cuando la paz de Nicolshourg, la de-



Gran marco para espejo.

volvió á Fernando. El emperador José la hizo llevar á Viena, y Leopoldo II la envió otra vez á Hungría. Cuando en 1849 marchó sobre Buda el príncipe Windischgratz, Kossuth la tomó, y desde entonces ha desaparecido; pero como el valor material de esa reliquia es pequeño, no es verisímil que el agitador magyar la haya aplicado á un fin financiero, como se ha dicho.

En cuanto á las otras joyas, como el globo imperial y la espada, no proceden de S. Estéban, como se cree, sino de la casa de Anjou, lo que confirman los blasones con que están adornadas. Respecto del manto, data de San Esteban: primitivamente era una capa de coro que Gisela, muger de Estéban, regaló á la catedral de Wesprim, donde se halla aun. Carlos Roberto fué el primero que se sirvió de ella en su coronación. Se ignora de quién proceden las botas.



Cofre para guardar alhajas.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

TRASPARENTE.

La obra de este género, cuyo grabado publicamos hoy, es una de las mas perfectas que han salido de las manos de Mr. Bach, de Paris. El trasparente es un objeto, no solo costoso muchas veces, sino tambien necesario y sumamente útil. En los países cálidos pasa por indispensable para atenuar el insufrible resplandor de los rayos solares.

MANTELERÍA.

Nadie ignora hasta dónde llega la superioridad de las fábricas inglesas, en cuanto á la fabricacion de juegos de mantelería. Es uno de los ramos mas fecundos de la industria británica.

La muestra que hoy ofrecemos ha salido de los obradores de un punto, cuya especialidad es este género de fabricacion, á saber, de Dumferline.

El mantel representado á S. Jorge, y al Dragon en el centro, así como en la orilla se ve repetida la imagen de S. Patricio.

La fábrica de M. Beveridge, que cuenta á M. Patton entre sus dibujantes, es una de las mas importantes casas industriales de Dumferline. Su exportacion para América se aumenta de dia en dia y solo emplea para sus trabajos los linos de Flandes.

VASOS Y PUERTAS DE MALAQUITA.

Ya hemos hablado muchas veces en LA ILUSTRACION, de las obras verdaderamente admirables del príncipe Demidoff, en cuyas fábricas se trabaja la malaquita con tanta facilidad como entre nosotros la cera, habiéndose llegado á fabricar con ella, á pesar de la inmensa cantidad de piedras que exige cada artículo, piezas de gran tamaño y de un mérito incontestable.

Hoy presentamos un grabado que contiene cuatro vasos y una puerta de salon, formados de dicha materia y debidos á la industria artística del imperio ruso. Nada podemos añadir á lo que tenemos manifestado al ocuparnos de otros artículos espuestos por el príncipe Demidoff: la admiracion que causaron en Londres es el mayor elogio que de ellos puede publicarse.

CRISTALERÍA.

Mr. Maes, nuevo fabricante de objetos de cristal, ha probado que entiende perfectamente su arte: sus productos nada tienen de escogidos para alucinar: por preciosos que aparezcan, son artículos corrientes en sus almacenes, porque debemos advertir que dicho fabricante se habia propuesto no esponer sus trabajos en el Palacio de la industria; cuando se decidió á enviarlos, tuvo que contentarse con los que tenia hechos. Las formas de la cristalería de Mr. Maes son graciosas, los colores hermosos y el blanco del cristal límpido y puro. Estas ventajas se deben al empleo del óxido de zinc, sustituido al de plomo, que iguala perfectísimamente la primera materia y hace que esta cristalería pueda aplicarse á objetos de óptica.

GRAN MARCO PARA ESPEJO.

La Sajonia no ha figurado ciertamente en el Palacio de Cristal por el número de sus objetos de porcelana; pero se ha distinguido por el mérito que á todos ellos acompaña. El marco para espejo, del género de Luis XV, llamó mucho la atencion, por lo bien que en él se armonizan los dibujos, las figuras y las guirnalda de flores. Los dos candelabros que sirven para alumbrar el centro del espejo se destacan con mucha gracia y hermocean el marco.

COFRE PARA GUARDAR ALHAJAS.

Mr. Matifat es uno de los artistas franceses que trabajan el bronce con la mayor perfeccion. El cofre, cuyo grabado damos en este número, es un objeto precioso bajo el punto de vista artístico, tanto por el mérito de sus bellísimas cinceladuras, como por el esquisito trabajo é inimitable delicadeza con que están ejecutadas. Si á estas cualidades se añade la de una solidez á toda prueba para la seguridad de las alhajas que se guarden en el cofre, es evidente que este se convertirá en un artículo de lujo y de comodidad para las personas que puedan adquirirlo.